

A man with a beard and tattoos on his hands and arms is shown from the chest up. He is wearing a black tuxedo jacket over a white shirt and a black tie. He is holding a small, sharp knife in his right hand and is tearing a piece of white lace fabric with it. The background is dark, and the overall mood is mysterious and dramatic.

ELÍGEME

EL BESO DE MI LADRÓN

PÉTALOS DE SANGRE VIII-SPIN OFF

KRIS BUENDIA

CONTENIDO

[Obras publicadas por Kris Buendía](#)

[Nivel de Oscuridad](#)

[EL BESO](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Ripley](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[HABITACIÓN 28 – HOTEL RUS, 2:43 A.M.](#)

[Mañana siguiente](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

[Bear](#)

[Anton](#)

[Kostya](#)

[Ripley](#)

[Agradecimientos](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

A man with a beard and extensive tattoos on his hands and forearms is shown from the chest up. He is wearing a black tuxedo jacket over a white shirt and a black tie. He is holding a small, sharp knife in his right hand and is in the process of tearing a piece of white lace fabric with his left hand. The background is dark, and the entire image is framed by a thin white border.

ELÍGEME

EL BESO DE MI LADRÓN

PÉTALOS DE SANGRE VIII-SPIN OFF

KRIS BUENDIA

Copyright © 2025 Kris Buendia.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

1ra Edición

AGOSTO 2025

EL BESO DE MI LADRÓN. LIBRO 8- spin off.

Serie Pétalos de sangre.

Diseño y Portada: Kaos Studio 28.

Maquetación y Corrección: Kaos Studio 28.

ISBN: 9798293989836

Imprint: Independently published

OBRAS PUBLICADAS POR KRIS BUENDÍA

Saga La Profesional

1. Incitación
2. Fascinación
3. Redención
4. El regalo Perfecto

Saga Pétalos de Sangre

1. La Obsesión de mi Bestia
2. Las Cicatrices de mi Monstruo
3. Las Mentiras de mi Villano
4. El Alma de mi Demonio
5. La Sangre de mi Diablo
6. El Corazón de mi Sombra
7. La Devoción de mi Fantasma

Trilogía Quédate conmigo

1. Quédate conmigo: No tengas miedo
2. Quédate Conmigo o vete: No te vayas
3. Quédate conmigo siempre: No me olvides
4. Quedate, pequeña mía.

Saga Un Dulce Encuentro

1. Un Dulce Encuentro en el Paraíso
2. Un Dulce Encuentro en el Infierno
3. Un Dulce Encuentro en el Perdón
4. Amarga Inocencia

Saga Seducida

1. Seducida

2. Atrapada
3. Hermoso Pecado

Bilogía Nunca

1. Nunca me dejes de amar
2. Nunca me dejes ir

Bilogía Ivanovic

1. La misión Ivanovic
2. El imperio Ivanovic: La redención de Aleksei Ivanovic

Bilogía El Malo (Villanos)

1. El Malo
2. El Malo: La Redención de Lucifer
3. Lucifer.

Trilogía Criminal

1. Una criminal culpable
2. Una criminal liberada
3. Una criminal engañada

Trilogía Asylum

1. Mi guardián
2. Mi oscuridad
3. Mi salvación
4. Vicious King.

Bilogía Arte y Placer

1. Arte y placer
2. Arte y Venganza.

Novelas independientes

- Arráncame el corazón
- C de Cenicienta
- La Mansión
- Mentira
- Dulce perdición
- Un extraño en el bosque
- Corrompida
- B de Bella.

NIVEL DE OSCURIDAD

Nivel de Oscuridad Bajo

- Un Dulce Encuentro en el Paraíso
- Un Dulce Encuentro en el Infierno
- Un Dulce Encuentro en el Perdón
- Quédate conmigo: No tengas miedo
- Quédate conmigo o vete: No te vayas
- Quédate conmigo siempre: No me olvides
- Quédate, pequeña mía
- B de Bella
- El regalo Perfecto
- Nunca me dejes de amar
- Nunca me dejes ir

Nivel de Oscuridad Medio

- C de Cenicienta
- Amarga Inocencia
- Seducida
- Atrapada
- Hermoso Pecado
- La misión Ivanovic
- El imperio Ivanovic: La redención de Aleksei Ivanovic
- Una criminal culpable
- Una criminal liberada
- Una criminal engañada
- Arte y Placer
- Arte y Venganza
- Corrompida

Nivel de Oscuridad Alto

- Incitación
- Fascinación
- Redención
- La Obsesión de mi Bestia
- Las Cicatrices de mi Monstruo
- Las Mentiras de mi Villano
- El Alma de mi Demonio
- La Sangre de mi Diablo
- El Corazón de mi Sombra
- La Devoción de mi Fantasma
- El Beso de mi Ladrón
- El Malo
- El Malo: La Redención de Lucifer
- Lucifer
- La Mansión
- Arráncame el corazón
- ¡El amor me ha estafado!
- Un extraño en el bosque
- Mi guardián
- Mi oscuridad
- Mi salvación
- Vicious King

EL BESO DE MI LADRÓN

LIBRO 8
SERIE PÉTALOS DE SANGRE



KRIS BUENDIA

Nota de autor



Querido lector, No sé si sabes, pero escribo libros que son bastante oscuros y algunos temas pueden ser muy sensibles para ti. Sabes que intento que te la pases bien leyendo mis historias, pero quiero que sepas que esta no es una novela común de romance oscuro.

Quizás encuentres este libro un poco más corto que los demás de la serie, porque es un Spin off. Sin embargo en este libro encontrarás temas fuertes como: Proximidad forzosa, secuestro, asesinatos a sangre fría, ataques de pánico, escenas eróticas muy detalladas, entre otros.

Por favor, si este no es tu libro, no lo leas.

Así que lee bajo tu propio riesgo de perderte en cada una de las líneas y enamorarte de

MI LADRÓN, el último Romanov que nos contará su historia.

Este es el último libro de la serie PÉTALOS DE SANGRE. El cual se puede leer de forma independiente, pero para disfrutar la serie mejor, te aconsejo leas en orden sugerido.

Palabras que pueden encontrar y que quizás no sepas su significado.

Lyubushka – Amada en ruso.

Bratva – nombre que se le da a una organización de mafia rusa.

Kostya – Diminutivo del nombre ruso Konstantin.

Antosha – Diminutivo de Anton.

Pakhan – Líder de la mafia rusa.

PRÓLOGO

Ripley
Año 1992

Los gritos de Violet retumban en las paredes. Son punzantes, húmedos, desgarradores. La sala está empapada de tensión, de miedo, de fuerza pura. Ella puja con los ojos cerrados, la frente cubierta de sudor, los dedos crispados sobre las sábanas blancas que ahora ya no lo son. Y aun así, se ve hermosa. Inquebrantable. Fuerte.

Y sola.

Estoy ahí. Siempre. Pero hoy es diferente. Nadie me ha visto llegar, nadie espera que me quede. Pero yo lo hago. Siempre lo hago. Cada vez que puedo, cada vez que me entero. Siempre llego, aunque ella nunca me mire. Aunque no sepa que soy yo quien deja los pequeños obsequios. Las flores que aparecen sin firma. Los libros antiguos que ama. El oso de peluche que ahora descansa sobre la silla, aplastado contra una chaqueta. Ese oso... se lo regalé hace meses, cuando su vientre apenas asomaba.

El aire apesta a sangre y a miedo.

El miedo no es de ella.

Violet está en la cama, el cuerpo arqueado por el dolor, aferrada a las sábanas como si de eso dependiera su vida. La piel de su rostro está perlada de sudor, el cabello pegado a la frente, la respiración entrecortada. Está sufriendo. Y yo no puedo hacer nada más que verla romperse.

No puedo tocarla. No puedo sostener su mano.

Porque no soy su esposo.

Soy su médico. Soy el hombre que está entre sus piernas, con las manos cubiertas de su sangre, asegurándome de que no muera

trayendo al mundo a un hijo que no es mío.

Violet no quiso ir al hospital. Es demasiado peligroso. Somos Romanov. Somos Bratva. Su hijo no puede nacer entre extraños. No puede ser vulnerable ni un solo segundo. Mi hermano no está aquí, demasiado ocupado con la guerra que se cierne sobre nuestro territorio. Pero yo sí. Siempre lo estoy.

El parto es difícil. Demasiado.

Ella grita. Puja. Se queda sin fuerzas.

—Violet, mírame —le ordeno con la voz baja y tensa, porque sé que si alzo el tono se romperá lo poco que nos queda—. No puedes detenerte. Tienes que hacerlo, ahora.

Sus ojos se encuentran con los míos. Ojos que alguna vez soñé con ver llenos de amor por mí. Ojos que solo han conocido amor por otro hombre.

Mi hermano la reclamó primero.

Es la ley de la Bratva. El Pakhan elige.

Yo no tuve opción. Yo era el segundo al mando. La mano derecha. El hombre que mata, pero nunca reclama.

Y sin embargo, ella fue mía primero.

Fui yo quien la vio aquella noche en la galería, con su vestido azul y sus labios pintados de rojo. Fui yo quien se sintió jodidamente vivo por primera vez cuando me sonrió. Fui yo quien le habló, quien la hizo reír. Fui yo quien se enamoró de ella en un instante.

Pero mi hermano llegó después. Vio lo que yo vi. Quiso lo que yo quería. Y cuando se decidió, yo ya no existía.

Ella grita otra vez. Se ahoga en su propio dolor.

—¡Vamos, Violet! —mi voz es más dura ahora, porque no puedo verla así, porque me está matando de a poco—. Empuja.

Y ella lo hace.

La sala se llena con el llanto agudo de un recién nacido.

Es un niño.

Mi pecho se contrae como si me hubieran golpeado con un maldito bate.

Ella solloza. Su cuerpo se relaja contra el colchón, pero sus ojos siguen abiertos. Cansados. Perdidos. Y entonces lo ve. No al bebé, sino al oso de peluche en la silla.

El que yo le regalé.

Porque siempre le dejo algo. Siempre. Aunque no sepa que soy yo.

Su mano temblorosa se aferra a la sábana, sus labios se entreabren.

—Bear —susurra. Su voz es tan débil que apenas la escucho—. Quiero que se llame Bear.

El nudo en mi garganta es un maldito puño.

—Bear —repito. El nombre se siente como un cuchillo. Lo acepto porque no tengo otra opción. Porque nunca la he tenido.

Miro al niño en mis manos, a esa pequeña criatura que nunca será mía.

—Bear Romanov.

El hijo del hombre que lo tiene todo.

La esposa que nunca fue mía.

Y yo...

El que se queda en las sombras, con el pecho roto y las manos cubiertas de la sangre de la única mujer que jamás podré reclamar.



CAPÍTULO 1

Violet, 23
Antes
Chicago, 1990

Todavía no me acostumbro a esta vida. ¿Y cómo podría? Nadie aquí sabe de dónde vengo, lo que vi... ni lo que daría por olvidar mis pesadillas.

Me llamaba Violet Armas. Un nombre muy americano. Como yo. Aunque eso no le importa a nadie. Para ellos soy otra más, una extranjera más que se quedó. Llevo doce años en este lugar, y aunque hablo ruso más que inglés, mi acento sigue delatándome.

Ahora me llaman Violet Belova. Y pronto seré Violet Romanov. Es un hecho, las bodas concertadas es de lo que nadie escapa, menos las mujeres como yo en este mundo.

Debería ser ilegal cambiar de apellido tantas veces, pero cuando tu vida se transforma en algo que nunca elegiste, aprendes a adaptarte. Al principio no lo entendía... solo era una niña perdida en un país helado, con un idioma áspero y ojos que no sabían si mirarme con compasión o con miedo.

Pero así es mi vida. Soy, y he sido, una princesa de la mafia.

Me adoptaron hace doce años. Era una niña rota, dañada por padres irresponsables y recuerdos que prefiero no desenterrar. Mi terapeuta dice que es normal que no lo recuerde todo. Que los niños reprimen lo que no pueden soportar.

Tal vez sea cierto. Pero algunas noches, cuando todo está en silencio, esos fragmentos vuelven. Y entonces, por un instante, me pregunto: ¿qué tan profundo puede enterrarse el pasado antes de que empiece a gritar desde abajo?

La primera vez que sostuve un arma tenía doce años. No fue un juego, ni una muestra de poder. Fue supervivencia. Me la dio uno de los hombres de confianza de mi padre adoptivo, con una frase que todavía recuerdo: *"Si vas a llevar este apellido, tienes que saber defenderlo."*

No lloré. No porque no quisiera, sino porque ya me había vaciado por dentro mucho antes.

Aprendí a disparar antes de poder dormir sin pesadillas.
Aprendí a mentir antes de saber confiar.
Aprendí a sobrevivir... sin saber si quería seguir viva. O eso creo, mis padres no confían en que puedo defenderme sola, no los culpo, sigo siendo frágil de alguna manera.

Aquí, en esta mansión helada de mármol y secretos, aprendí a moverme como una sombra. Todos creen que por ser "la princesa", no sé lo que pasa. Pero yo escucho. Yo observo. Nadie sabe cuántos secretos guardan las paredes de esta casa, ni cuántos de esos secretos tienen mi nombre grabado.

Y ahora, a semanas de mi boda con Fedor Romanov, el *Pakhan* más temido de Chicago, me pregunto si esta será la última vez que me convierta en otra persona.
¿Seguiré siendo Violet... o solo un peón más en este tablero manchado de sangre?

Supongo que con el tiempo lo sabré... o tal vez prefiera no saberlo nunca.
Pero ahora mismo, con cada segundo que pasa, no puedo dejar de pensar en esos ojos grises.
Tan intensos. Tan distintos. Tan peligrosamente magnéticos.
Los ojos de aquel hombre con el que perdí mi virginidad la noche de mi despedida de soltera. Hace una semana exactamente.

Una noche que mis amigas me obligaron a celebrar... sin imaginar que marcaría un antes y un después en mi vida.

Nunca olvidaré lo que sentí. Su mirada clavada en la mía, sus manos recorriéndome como si ya supiera cada parte de mi cuerpo. Fue impulsivo, salvaje... perfecto.

Pero también fue un error.

Uno que voy a pagar muy caro. Lo sé.

Lo siento en los huesos. En la piel. En el alma.

Y, sin embargo, volvería a hacerlo.

CAPÍTULO 2

Ripley

El humo del puro del Pakhan flota en el aire como una amenaza sin rostro. Está sentado en la cabecera de la mesa de roble, rodeado de números, mapas, hombres armados y miedo envuelto en trajes caros. Yo me mantengo de pie, con las manos en los bolsillos, como siempre. A medio paso del fuego. A medio paso de la traición.

El Pakhan, Fedor. Mi hermano mayor. Bueno, solo un par de años, lo que lo llevó a que fuese el Pakhan, no es que yo quiera el puesto. De hecho, no me puede importar menos. Mi trabajo está en la medicina, la investigación. Lo que en verdad importa.

—Los polacos cruzaron la frontera otra vez —dice Fedor sin mirarme, hojeando un informe—. Dicen que solo era transporte, pero sabemos que es mentira.

—Quieren probar cuánto estamos dispuestos a dejar pasar —respondo. Mi voz es tranquila, pero cada palabra es un filo.

—¿Y tú qué dejarías pasar, Rip? —pregunta, alzando por fin la mirada.

No pregunta como un hermano. Responde como el *Pakhan*. Como un hombre que sabe que todo lo que tenemos se puede perder en una noche si no se mantiene firme.

—Nada que no pueda usar a mi favor —contesto.

Él sonríe. Una sonrisa que no llega a los ojos.

—Por eso te necesito. Eres más calculador que yo. Más frío.

Si supiera la verdad, no diría eso. No si supiera cómo me tiemblan los dedos cada vez que ella entra a una habitación. No si supiera que la última vez que escuché su risa quise olvidarlo todo, incluso este apellido que nos ata como una soga.

Ella va a odiarme cuando lo descubra.

Fedor da un golpecito sobre la mesa con el anillo de sello. El mismo que papá le dejó. El que todos saben que algún día reemplazará la corona invisible que todavía lleva nuestro viejo.

—Esta guerra silenciosa con los Ovechkin se resolverá pronto —dice, como si lo estuviera dictando a la historia—. Tengo planes.

—¿Planes como comprometerte con una mujer que no conoces? —disparo, antes de poder contenerme.

Su ceja se alza.

—¿Vas a empezar tú también con eso?

—No —miento—. Solo me sorprende lo rápido que tomas decisiones últimamente.

Silencio. El tipo de silencio que hace que los otros hombres abandonen la sala, uno a uno, sin que nadie diga una palabra. Solo quedamos él y yo.

—No necesito conocerla para saber que me conviene —dice al fin, apretando la mandíbula—. Su apellido es ruso, y su lealtad será nuestra. Y eso es lo que cuenta. Es de buena familia y necesitamos más gente leal en nuestro círculo, no puedo ser el proximo pakhan y estar soltero. Aunque, las mujeres no es el problema.

¿Nuestra? Yo no quiero su lealtad. La quiero a ella. Entera. Libre. No como una prenda en este juego sucio.

—Claro —respondo, sin expresión—. Solo negocios.

Él me estudia por unos segundos. Me conoce. Pero no lo suficiente. No todavía.

—¿Tú qué harías si estuvieras en mi lugar, Rip?

—Ya estoy en tu lugar —digo, dándole la espalda—. Solo que todavía no lo sabes.

Y salgo de esa oficina como quien camina sobre una mina. Cada paso puede ser el último.

Cada paso me aleja de mi hermano... y me acerca a la única cosa que no puedo tener.

CAPÍTULO 3

Violet

El encaje blanco me aprieta el pecho. La tela es hermosa, cara, hecha a medida... pero se siente como una red. Como una trampa. Mis tacones suenan sobre el mármol de la iglesia mientras avanzo por el pasillo, el brazo de mi padrino adoptivo firme sobre el mío. Todo está cubierto de flores blancas, rosas y lirios, como si la pureza fuera algo que se pudiera comprar.

El órgano ruge. Las cámaras graban. Los invitados sonríen. Yo no.

Porque ahí, al final del pasillo, está él.

No Fedor, mi prometido. Fedor está sonriendo como si nada. Como si fuera el hombre más afortunado del mundo. Como si no supiera que acabo de morir por dentro.

No. Él.

Ripley. Así dijo que se llamaba, a pesar de que le dije que, no me lo dijera. Así haría todo mas simple, mas llevadero, más...irreal.

Pero esto es real.

A la derecha del altar. A medio paso de mi futuro esposo. De pie, con el rostro duro, las manos detrás de la espalda. El mismo traje negro. La misma mirada de piedra.

Pero yo lo veo.

Yo lo sé.

Y lo peor es que él también lo sabía.

Él lo sabía.

La habitación da vueltas durante una fracción de segundo. Mis manos sudan dentro de los guantes de encaje. Recuerdo su aliento en mi cuello. Sus manos recorriéndome como si me

conociera desde siempre. Las palabras que no dijimos después,
cuando todo terminó al amanecer y me fui sin mirar atrás.

Un error.

Una locura.

Un secreto.

Hasta que lo vi allí. Hasta que supe la verdad.

Ripley no se mueve. Ni un gesto. Pero sus ojos... sus ojos me
siguen como si quisieran decir algo. Como si me pidieran que no
diga nada. Que conserve el secreto que él ya conocía. Que me calle.
Que no arruine esto.

Esto que no quiero.

Fedor extiende la mano para tomar la mía. Lo hago. Porque
todos miran. Porque no tengo salida. Porque una boda en esta
familia no es un juramento... es un contrato.

Siento la mirada de Ripley clavada en mí cuando digo "sí".
Y por dentro, grito.

Los aplausos retumban como disparos. Fedor aprieta mi mano
con fuerza, orgulloso, radiante, ciego. Sonríe al besarme la mejilla
como si acabara de ganar una guerra.

Y yo apenas puedo respirar.

Siento la mirada de Ripley detrás de mí, como una sombra
que arde. Sé que no se ha movido. Sé que me mira.

—Quiero que conozcas a mi hermano—dice mi ahora esposo
con una sonrisa fría en su rostro.

¿Hermano?

Él. El hombre que no he podido olvidar.

El hombre que me hizo sentir viva.

El que se llevó mi virginidad.

Es... mi cuñado.

No hay marcha atrás.

Ni perdón.

Ni olvido.

Camino junto a Fedor por el pasillo entre invitados, mientras
mi piel tiembla bajo el vestido. La primera vez que me sentí desnuda

no fue aquella noche...

Es ahora.

Y sé que esta historia, la verdadera, apenas comienza.

...

La fiesta continúa a mi alrededor, pero todo se vuelve ruido de fondo.

Fedor me sujeta por la cintura con la misma posesividad con la que un hombre presume algo que no le pertenece.

—Mi hermano está ahí, ese cabrón, ¿dónde se había metido? —dice con esa sonrisa suya, vacía de emoción, afilada como una hoja de afeitar.

Y de nuevo, no sé cómo he aguantado, he sentido su mirada toda la noche. Es bueno jugado, lo fue esa noche cuando... mierda.

Es... mi cuñado.

Ripley. Ripley Romanov.

Está de pie junto a la barra, con una copa en la mano, la chaqueta abierta y la mirada fija en mí como si hubiera estado esperándome desde hace años.

Cuando nuestros ojos se cruzan, me mira como si ya supiera que debajo del vestido blanco no hay inocencia. Solo cicatrices. Solo fuego. Uno que él apagó y pudiera encenderlo de nuevo si solo...

—Te presento a la nueva señora Romanov —dice Fedor, con ese orgullo hueco que no me toca. Y yo... sonrío. Apenas. Lo justo para no temblar.

—Violet, este es Ripley. El único hombre al que le confío mi vida y además mi hermano.

Ripley no responde de inmediato. Bebe un sorbo sin apartar la vista de mí.

Luego, se acerca.

Su altura, su presencia, su forma de moverse... Todo es igual. Todo es peor. Porque ahora tiene el apellido de mi esposo y una barrera invisible entre nosotros que no debería romperse.

Pero ya está rota.

—Encantado —dice Ripley, sin ofrecerme la mano. Sus ojos recorren mi rostro, luego bajan. Lentos. Insolentes. Como si desvistiera cada centímetro de mi cuerpo solo para recordarme

que ya lo ha hecho antes.

—El gusto es mío —respondo, sin temblar. Sin bajar la mirada.

Fedor es llamado por uno de sus socios y se disculpa. Me deja sola. Con él.

Un error.

Un castigo.

—Creí que te ibas a casar con alguien aburrido —murmura Ripley en cuanto quedamos solos.

—Lo hice.

—Lástima. Hubiera sido divertido romperlo.

Mi corazón late tan fuerte que apenas oigo el clamor de la música.

—Sigues con ese mismo perfume —añade, bajando la voz, casi como si oliera un recuerdo.

Lo ignoro. Me acerco un paso, el suficiente para parecer cordial, el suficiente para que nadie lo note.

Es un hijo de puta. Él lo sabía, por eso fue todo un caballero, solo estaba burlándose de mí. Él sabía quién era yo. Pero yo no tenía idea de que me estaba metiendo en la cama con un ladrón.

Esto es guerra.

Me agacho fingiendo que algo se me cayó, pero me quito la liga blanca que llevo en mi pierna y la deslizo suavemente fuera de mi tacón. Si él puede jugar, yo también.

Luego me incorporo y lo miro. Sonriendo.

Mi mano se desliza como una caricia sobre su pecho, como si arreglara su chaqueta. Él no se mueve. Solo clava sus ojos en los míos.

Aprovecho el instante.

Rápido. Precisa.

Meto la liga blanca en el bolsillo interno de su chaqueta.

Esa que llevé todo el día.

Esa que no le pertenece... pero tampoco a Fedor.

La dejo ahí. Como una advertencia. Como un juego. Como venganza.

Ripley baja la mirada un segundo. La siente. Sabe lo que es.

Cuando vuelve a mirarme, sonrío. No con ternura. Con desafío. Con hambre.

—Felicidades, cuñada —dice, y esa última palabra suena a sentencia.

—Gracias —respondo, dándome la vuelta antes de que el mundo vea lo que acaba de pasar.

Camino entre los invitados como si todo fuera normal. Como si no hubiera clavado una bomba de tiempo en el pecho del único hombre que me ha tocado el alma.

Y lo sé con cada paso firme sobre estos tacones:

La verdadera historia apenas comienza.

CAPÍTULO 4

RIPLEY

Tiempo después

Hoy es su aniversario de bodas.

¿En qué momento pasó un maldito año? Uno. Joder. Apenas uno... y se siente como cien.

Cien años de verla cada día bajo este mismo techo, de encontrarla en cada comida, de soportar la tortura de verla caminar por la casa como si de verdad le perteneciera. Como si de verdad fuera la señora Romanov.

Mi cuñada. Mi maldita cuñada.

Pero no debería serlo.

Ella debería ser mi señora Romanov. No la de mi hermano. Ese cabrón apenas y pisa esta casa. Apenas la mira. Apenas la toca. Él no la merece. Ni su sonrisa. Ni sus silencios. Ni su perfume que sigue flotando en el aire mucho después de que ella haya salido de una habitación.

Ella debería estar en un palacio. En una casa que sea suya, con niños que lleven mi apellido y sus ojos.

Debería reírse más, no estar sola con un libro entre las manos, o saliendo de compras para llenar vacíos que él ni siquiera nota.

Compra vestidos que él no comenta. Tacones que él no ve. Labiales rojos que él no mancha. Todo eso para verse hermosa ante alguien que no se molesta en mirar.

Y lo peor es que no necesita nada de eso.

Ella ya es hermosa.

Sin esas joyas que él le regala por culpa, sin esas uñas rojas que se retoca cada semana como un ritual sagrado, como si aún esperara que él la notara.

Ella merece más.

Más que él.

Más que esta casa.

Más que esta vida que le quedó pequeña.

Ella merece todo.

Y yo, maldita sea, daría cualquier cosa por dárselo.

La encuentro en el jardín.

Por supuesto que la encuentro.

Como si algo en mí supiera exactamente dónde está sin necesidad de buscar.

Está de pie junto al rosal, con la cabeza ladeada, observando una de las flores como si escondiera un secreto. Una rosa roja, perfecta.

Una de las muchas que mandé a plantar cuando me di cuenta de que le gustaba leer aquí, envuelta en una manta, con el sol pintándole la piel dorada.

Ella no sabe que fui yo.

O quizá lo sabe, y simplemente finge no darse cuenta.

Como finge tantas otras cosas.

—¿Siguen siendo tus favoritas? —pregunto, mi voz baja, ronca por todo lo que no digo.

Ella no se gira de inmediato. Solo acaricia con la yema de los dedos uno de los pétalos, como si lo pensara.

Como si doliera.

—Nunca cambiaron de lugar en la lista. —Su voz es suave, pero hay un filo ahí, apenas perceptible. Como un susurro que corta.

Me acerco un paso, el crujido de la grava bajo mis zapatos parece un disparo en medio del silencio.

—Pensé que las habías olvidado —murmuro—. Como olvidaste esa noche.

Ella se gira entonces.

Lenta. Cautelosa.

Sus ojos me encuentran como si los hubiera estado evitando desde hace siglos.

Jade. Brillantes. En guardia.

—No la olvidé.

Ni por un segundo.

—Entonces... —doy un paso más, estoy a solo unos centímetros, puedo oler su perfume, ese que detona cada recuerdo como una bomba—. ¿Por qué finges?

—Porque es más fácil. —Su respuesta es rápida, casi automática. Como si se la repitiera todos los días para sobrevivir—. Porque si no finjo, me hundo.

—Él no te ve.

No como yo lo hago. Quiero decirle.

—Tú me viste cuando sabías quién era yo. Y yo te dejé tocarme cuando no sabía quién eras tú. Eso lo cambia todo.

—No. Eso lo cambia todo para peor, porque ahora sé exactamente quién eres...

Y aún así, te quiero igual.

Ella traga saliva. Bajo la vista por un instante, veo cómo sus dedos aprietan la tela del vestido.

La tensión entre nosotros se podría cortar con una navaja. O con una palabra.

—No digas eso —susurra—. No me lo digas hoy.

—¿Por qué no?

—Porque hoy... es mi aniversario. Y además...

—No me importa.

—A mí sí.

Se da la vuelta, pero antes de que pueda dar un paso, extendiendo la mano y la sujeto por la muñeca.

Ella se queda helada. No me mira.

—¿Y si te dijera que te sigo eligiendo, Lyubushka?

Aun sabiendo que es un pecado.

Aun sabiendo que es imposible.

Su cuerpo tiembla. Solo un poco. Apenas perceptible, pero lo siento.

—¿Y si te dijera que yo también? En mis sueños, despierto en tu cama, no en la de él. Fedor es un buen hombre, no merece esto. Ha pasado un año, Ripley. Superalo. —responde, casi sin voz.

Silencio.

Un segundo eterno.

Ella se suelta, pero no llega muy lejos.
La tomo de nuevo por la muñeca. Esta vez, más firme. Esta vez, no la dejo ir.

Se gira, furiosa, dolida, hermosa.

—¿Tú sabías? —me espeta, la voz le sale baja, cargada de veneno contenido—. ¿Sabías quién era esa noche? Siempre quise saberlo, pero ahora tengo el valor de preguntarte.

No hay sorpresa en su rostro. Solo una calma peligrosa.

Y entonces lo hace.

Me lanza esa maldita sonrisa.

Esa que puede desarmar ejércitos y romper votos.

Una sonrisa que puede hacer temblar tu mundo.

Y lo sabe.

—Claro que lo sabía —respondo, no voy a mentirle. No más.

La rabia le golpea el pecho como un disparo.

—¿Por qué?

—Porque eres mía. —Doy un paso hacia ella. Ya no huye.

Ahora ataca—. Eras mía antes de que mi hermano pusiera un anillo en tu dedo.

Desde luego que conocía a Violet Belova. La chica que fue adoptada, una carne fresca para el mundo de la Bratva. Claro que la conocía, fui yo quien le dijo a mi hermano en mi primer lugar que hiciera un trato con su padre, para acercarme a ella, aunque no sabía que mi hermano, el muy hijo de puta pondría un anillo en su dedo.

Quise matarlo. Pero no iba a ser yo quien me casara con ella, no soy un hombre de hogar y familia feliz, vivo a la sombra de mi hermano, entregado en mis investigaciones médicas. Pero ahora, ahora no estoy seguro de lo que quiero, porque todo lo que quiero está frente a mí.

—¿Y ahora?

Me está desafiando. Lo veo en sus ojos. Lo huelo en su respiración.

—Eres mía ahora —susurro—. Y lo serás hasta que yo lo diga.

No puede respirar. Me odia y me desea. Yo la deseo más de lo que me odio por hacerlo.

—Estás loco —gruñe, intentando aferrarse a la cordura. A cualquier resto de dignidad.

Me inclino hacia ella, su boca a centímetros de la mía. Su perfume me revienta el juicio.

—Ya... pensé que eso te gustaba.

Y lo peor es que sabe que tengo razón. Tengo toda la jodida razón.

Estoy por perder el control. Por tomarla ahí mismo, entre las rosas que sembré por ella.

Por arrancarle ese vestido que no es para él, sino para mí.

Pero entonces se aleja. Como una tentación que sabe exactamente cuándo irse.

Me deja ardiendo. Me deja roto.

Y lo peor...

es que ya ni siquiera lucho por salir del incendio

Justo al lado de las malditas rosas que planté por amor.

¿Amor? Joder que sí.

Ella se aleja.

Otra vez.

Y yo me quedo como un idiota en medio del jardín que diseñé por ella, entre rosas que planté como si pudieran sustituir lo que no puedo decir en voz alta.

Claro que sabía quién era.

Desde el principio.

Y aún así se acostó conmigo porque yo la busqué.

Aún así me dejó tocarla como si ya le perteneciera, como si su piel supiera que yo era el lugar al que siempre iba a regresar, aunque le pusieran otro apellido.

Me río, sin humor. El sonido se pierde entre las ramas.

Una parte de mí quiere correr tras ella y obligarla a decirme la verdad entera, con cada detalle maldito.

La otra... la otra parte solo quiere volver a esa noche. A ese cuarto.

A su espalda arqueándose bajo mi cuerpo. A su voz diciendo mi nombre, sin saber que no era el correcto.

Pero lo sabía.

Siempre lo supe. Que ella era el caos. Ella sería mi ruina.

Y eso me revienta. Me parte en dos.

Porque no la tuve por error.

La tuve por decisión. Por elección.

Porque me eligió a mí. Antes. Ahora. Siempre. Aunque no lo diga en voz alta.

Aunque se vista de esposa perfecta.

Aunque me mire como si no me hubiera sentido dentro de ella.

Camino de regreso a la casa con los puños cerrados, la mandíbula tensa. Me arde el cuerpo. Me arde el alma.

Mañana seguro ella volverá a fingir.

Volverá a sentarse a desayunar con ese imbécil de mi hermano que cree que puede comprar amor con relojes caros y joyas que ella nunca pidió.

Pero yo la voy a ver. Y lo voy a saber. Va a bastar con una mirada, porque sigue siendo mía. Lo vi en sus ojos esa noche, lo escuché en su voz, en ese temblor que no pudo ocultar... Lo dijo. Joder, lo dijo. Dijo que yo era suyo. Y no pienso permitir que ahora venga a decir lo contrario, como si esas palabras no hubieran significado nada, como si no me las hubiera tatuado bajo la piel.

La alcanzo antes de que suba los escalones.

Mis dedos se cierran sobre su brazo y ella gira, la respiración agitada, los labios entreabiertos.

Nos miramos un segundo que se siente eterno. Como si estuviéramos suspendidos en un punto sin retorno.

Y la beso.

Dios, la beso.

No con ternura. No con dulzura.

Con rabia. Con desesperación.

Con ese deseo sucio que llevo cargando desde que la vi caminar hacia el altar con el hombre equivocado.

Ella responde. Por un segundo.

Un maldito segundo.

Sus labios se abren para mí, su cuerpo se inclina hacia el mío como

si nunca hubiera querido apartarse.

Pero entonces...

—Ripley, no. —su voz suena rota. Dolida.

Me separo apenas, jadeando, aún con su aliento en mi boca.

—¿Por qué no? —gruño—. Estoy seguro que a mi hermano no le importaría compartirte conmigo.

Mi mejilla arde en el momento en que las palabras salen de mí, debido a la bofetada que me da. Y veo las lágrimas en sus ojos.

—No digas eso.

—Lo mataré si hace falta. Te juro que lo haría. Por ti, sí, Lyubushka.

—Ripley...

La forma en la que dice mi nombre me inquieta. No es deseo. No es negación. Es otra cosa.

Una bomba a punto de explotar.

—Estoy... estoy embarazada.

El mundo deja de girar.

Todo ruido se apaga.

—¿Qué... mierda dijiste? —susurro, porque no me quedan fuerzas para gritar.

—Estoy embarazada... de tu hermano.

No lo entiendo. No puedo. Mi mente trata de unir las piezas, pero todas están rotas.

—Pero... pensé que no te tocaba. Dijiste que no lo hacía.

Ella asiente. Apenas. Sus ojos brillan, pero no llora.

—Y no lo hace. Ocurrió hace un mes. Fue... fue un intento.

Quise intentarlo. Quiero intentarlo, Ripley. Es mi esposo.

Sus palabras son como veneno.

No un veneno rápido y misericordioso.

No. Este es lento. Doloroso. Te corroe por dentro mientras sigues respirando.

Embarazada.

De él.

Cierro los ojos. Una vez. Dos.

Pero la imagen sigue ahí.

Ella.

Con un hijo que no es mío.

Con una decisión que la aleja de mí... por siempre.

—¿Tú quieres estar con él? —pregunto con la voz hueca. No me reconozco.

—Quiero que esto funcione. Quiero dejar de desear lo prohibido.

Sus ojos me lo dicen todo.

Quiero dejar de desearte...

Pero no puedo.

Y yo...

Yo quiero destruirlo todo.

No dice nada más. Ni una palabra. Solo me mira con esos ojos que antes me desnudaban.

Ahora... ni se atreven a sostener los míos. El silencio se hace insoportable. Siento que si no digo algo, gritaré. O lloraré.

Y yo no lloro.

No por nadie.

No por ella.

Así que me enderezo, trago todo lo que me arde por dentro, y la miro como si acabara de dejar de significar algo.

—Tranquila. —Mi voz es baja, pero filosa como una navaja recién afilada—. No volveré a tocarte. No volveré a mirarte como si fueras mía.

Ella se estremece. Apenas. Pero lo veo.

Lo disfruto... un segundo. Un segundo cruel.

—Le juro que no volveré a molestarla, señora Romanov

Ya no eres esa mujer en mi cama con la espalda arqueada y mi nombre entre los labios.

Eres otra.

Una señora Romanov.

Una incubadora con apellido.

Su rostro palidece como si la hubiera abofeteado.

Y en parte, lo hice.

Me doy la vuelta antes de que la parte de mí que aún la ama me obligue a retractarme.

Antes de que me derrumbe frente a ella.

Porque si me quedo un segundo más, le ruego que se quede conmigo.

Y eso...

eso no.

Ella eligió.

Y ahora yo también.

CAPÍTULO 5

Ripley
Presente

La lluvia resbala por los ventanales del despacho como si el cielo intentara borrar lo que somos.
Como si supiera que nunca debimos existir.

Estoy apoyado contra la pared, los brazos cruzados, los ojos clavados en ella.

Violet.

Ella no me ve.

O finge no hacerlo.

Aunque con ella... nunca estoy seguro.

Tal vez siempre lo supo.

Tal vez siempre lo quiso así.

Le dije que no la volvería a molestar.

Y no lo hice. No lo he hecho en todo este tiempo, no es que me lo hiciera fácil, la pequeña provocadora sabe lo que hace.

No la toqué, no la busqué, no volví a pronunciar su nombre como se pronuncia una plegaria rota.

Pero estuve ahí.

Siempre.

Fui la sombra que nunca se fue del todo.

Fui las manos que cargaron con su miedo.

Fui quien sostuvo su cuerpo tembloroso durante cada contracción.

Fui el que escuchó primero el llanto del bebé.

No mi hermano.

Yo.

Estuve en cada consulta médica, en cada maldita emergencia a las tres de la madrugada.

Fui quien leyó los informes, quien discutió con doctores, quien aprendió a leer el ritmo de su respiración cuando no podía más.

Y todo eso...

Porque un día, con la voz rota, me dijo: *Voy a intentarlo*.

Porque quería intentarlo con él.

No conmigo. Y no la culpo, nunca le prometí nada, nunca le pedí dejarlo, no iba a traicionar a mi hermano de esa forma, pero de alguna manera lo hice, me acosté con ella antes de que él lo hiciera, dejé mi marca antes que él, y ahora, ahora todo se ha ido a la mierda.

Y me pregunto: ¿cómo ha salido eso?

¿Ha funcionado ese intento?

¿Ha sentido algo cuando él la tocó —si es que alguna vez lo hizo?

Porque yo estuve allí cuando su cuerpo se partía para dar vida.

Fui quien sostuvo su mano manchada de sangre.

Fui quien susurró que todo iba a estar bien... aunque por dentro me estuviera muriendo.

Y ahora, la miro.

Tan cerca.

Tan lejos.

Madre del hijo de mi hermano.

Mujer de nadie.

Mía en otro universo, quizá.

En este...

solo queda el silencio.

Y la lluvia que aún intenta, inútilmente, borrar lo que somos.

Está sentada al borde del sofá, con la espalda recta, las manos juntas sobre las rodillas. Lleva un abrigo de lana gris, húmedo por la tormenta, y el cabello recogido de forma apurada. Estaba en el jardín cuando la lluvia comenzó, el pequeño Bear duerme en otra habitación.

La veo.

Sus labios están tensos. Sus ojos, alerta. Como si no confiara en nadie. Ni siquiera en mí. Y hace bien.

—¿Por qué me llamaste? —pregunta con voz baja, sin mirarme.

Doy un paso hacia ella. Mi sombra se proyecta sobre la alfombra persa, enorme, deformada.

—Porque esta casa no es segura para ti esta noche.

Ella gira el rostro, por fin. Me clava la mirada como una hoja delgada, afilada. No dice nada. No lo necesita.

—Fedor se reunirá con gente peligrosa esta noche —añado—. En secreto. Tú no deberías estar aquí.

—¿Y tú por qué estás? —responde rápido, como un disparo. Una trampa. Una prueba. Me la lanza con la precisión de alguien que ha vivido demasiado cerca del filo.

—Porque soy su sombra —contesto, con la voz más dura de lo que esperaba—. Y las sombras ven lo que otros prefieren ignorar.

Ella se levanta. Da unos pasos, lentos, hacia la chimenea apagada. Apoya una mano sobre la repisa de mármol. Sus dedos tiemblan. Apenas.

—¿Y qué ves tú, Ripley? —susurra, casi con cansancio.

Me acerco. Un paso. Otro.

No debería. No puedo. No es mía. Nunca lo será. Pero aún así...

—Veo que estás atrapada.

Silencio.

—Veo que esto no era lo que querías.

Ella cierra los ojos. Aprieta los labios.

—¿Y tú sí? —su voz se quiebra un poco—. ¿Tú sí querías esta vida?

—No —respondo sin pensarlo. Y por primera vez, esa palabra no suena como una traición. Suena como verdad.

Estamos tan cerca ahora que podría tocarla. Debería darme la vuelta. Salir. Decirle que todo estará bien y seguir siendo el perro fiel de mi familia. Pero ella me mira. Y yo ya no soy una sombra. Soy fuego.

—¿Qué estás haciendo, Ripley? —me pregunta, pero no se aleja.

—Lo mismo que tú —susurro—. Fingiendo que no siento nada.

Ella se ríe. Es un sonido seco, casi doloroso. Pero no se mueve. Solo baja la cabeza y dice:

—Si esto fuera otro mundo...

—Lo quemaría para dártelo —interrumpo.

Y ahí está. La verdad. En medio del mármol, del frío, de la lealtad que juro cada día a un apellido que ya no me representa.

Ella me mira de nuevo. En sus ojos hay un océano contenido. No me besa. No me toca. Solo se queda ahí, cerca.

El silencio entre nosotros es más íntimo que cualquier caricia.

Después de unos segundos, da un paso atrás.

—Gracias por advertirme —dice, y se va sin mirar atrás.

Y yo me quedo solo, con el sabor de todo lo que nunca podré tener... y las manos listas para derramar sangre si alguien la toca.

CAPÍTULO 6

Ripley

Ocho años despues

El salón de la mansión huele a pastel de chocolate, globos recién inflados y pólvora vieja.

No porque haya armas a la vista —aunque las hay—, sino porque en esta casa la violencia es el aire.

Incluso en un cumpleaños infantil.

Bear corre de un lado a otro con su capa de superhéroe negra —que yo le regalé, claro— gritando que es un dragón con poderes. Todos ríen.

Violet también.

Fedor se acerca por detrás y le planta un beso en la frente a su esposa.

Luego se agacha, revuelve el cabello del niño y lo besa también.

Es la imagen perfecta.

La que todos los invitados deben ver.

La que a mí me gustaría arrancarme de los ojos.

—Tengo que irme—le dice a su esposa y esta hace una mueca, esa que no puede ocultar a los desplantes de mi hermano.

—Voy contigo —le digo, bajo, sin rodeos.

Fedor se gira, con la misma expresión cortés que ha usado desde hace ocho años conmigo: distante, civilizada... ajena. Quiero creer que la paternidad lo ha cambiado.

—No. Quédate. Estaré en el despacho, reunión rápida. Una hora a lo mucho.

Traducción: *No te necesito. Pero necesito que te quedes vigilando lo que es mío.*

Asiento. No tengo elección. Nunca la tuve.
Cuando se va, Violet se queda un momento en silencio.
No me mira directamente. Solo alza su copa de champán sin beber.

—¿Desde cuándo no estás en esas reuniones? —pregunta.

Sus palabras me golpean suave, como una caricia con filo.

—Quiere que los cuide. No confía en nadie más —respondo, con la verdad vestida de obediencia.

—Estamos rodeados de gente de confianza. —Gira ahora sí, y me mira—. Armas en cada esquina. Vigilancia en cada pasillo. Un ejército pagado con sangre.

Me encojo de hombros.

—Ya, bueno. Solo hago lo que me pide.

—¿No trabajas en el hospital de la bratva hoy?

Así que hoy quiere conversar.

—Me di el día. Por el cumpleaños de esta pequeña bestia — respondo, señalando a Bear, que ahora trepa por un sofá con un globo en la boca.

Violet suelta una risa cálida, honesta, y me da una manotada en el brazo.

—Deja de llamarlo así.

—Pero lo es. Míralo, parece sacado de un cuento donde el niño acaba con el dragón, no al revés.

Ella se acerca un poco. La cercanía es peligrosa.

Ya no nos tocamos.

Pero la costumbre de estar cerca... es otra forma de tocar.

—Crece muy rápido —susurra.

Sus ojos están fijos en su hijo, pero hay humedad en ellos.

Apenas.

Una nostalgia anticipada.

—Cuando menos lo esperes —digo—, será quien maneje esta organización.

—Lo sé. Y me aterra.

La miro. Esta vez soy yo el que la observa en silencio.

—Bear... —dice— no es como ustedes. No como Fedor. No como tú.

No respondo. Espero.

—Es fuerte, sí. Pero no cruel. No quiere imponer respeto, se lo gana sin darse cuenta. Es... —su voz se quiebra un poco, pero sigue—. Es gentil. Tiene esa forma de mirar como si ya hubiera vivido demasiadas cosas, pero aún quiere creer que el mundo puede ser justo.

Yo asiento. Porque lo sé. Porque lo he visto. Porque Bear me ha arrancado más sonrisas que cualquier cosa en esta maldita vida.

—Y aún así es rebelde —agrega Violet—. No se calla cuando algo no le gusta. No sigue las reglas si no entiende por qué existen. Y contigo... —me mira, esta vez de verdad—, contigo es distinto.

—¿Distinto cómo?

—No me escucha a mí. A su padre tampoco. Pero a ti... tú le dices algo, y lo hace. Incluso si no quiere.

—No sé si eso es bueno o malo.

Ella sonríe.

—Es lo que es. Y eso... también me aterra. Porque eres tú quien podría partirle el corazón un día.

Las palabras me dejan sin aire.

Bear corre hacia nosotros en ese instante y rodea con sus brazos mi cintura como si fuera un árbol al que quiere derribar.

—¡Tío Rip! ¿Me ayudas con los fuegos artificiales? ¡Mamá dijo que tú sabes hacerlos explotar mejor!

Miro a Violet. Ella solo asiente. Una rendición silenciosa.

—Claro que sí, *dragón* —le digo, alzándolo sobre mi hombro.

Es así como lo llamo. Creo que su madre se equivocó de nombre cuando decidió llamarlo Bear. Dragón le queda mejor.

Él se ríe.

Ella baja la mirada.

Y yo...

yo solo me permito amarlos por un día más.

Como si eso no fuera una condena.

CAPÍTULO 7

Violet

La cocina está en silencio, un oasis después de la tormenta que ha sido la fiesta.

Bear corre por los jardines con sus amigos de la escuela, y me ha pedido una manzana.

Mi niño. Mi pequeño dragón.

Siempre tan libre, tan inocente... aún.

Tomo el cuchillo con una mano y la manzana con la otra. La corto por la mitad, luego en cuartos.

Pero algo resbala.

No la fruta.

Yo.

El filo me alcanza el dedo sin que me dé cuenta. Solo lo noto cuando la sangre cae, cálida, brillante, sobre el mármol. Me quedo quieta. Inmóvil. Y de pronto...

Todo se oscurece.

No es la cocina. Ya no estoy aquí. Estoy en otro lugar. Un espacio pequeño.

Oscuro. Frío. Me sucedió cuando di a luz a Bear, Ripley lo llamó depresión post-parto. Pero supo ayudarme, siempre lo hace.

Las paredes me aplastan. El aire es denso.

Hay una niña, llorando. Soy yo.

Soy yo.

Me cubro los oídos. No quiero escucharla. No quiero escucharme.

Pero sus sollozos me rasgan los huesos.

Mis padres.

La puerta cerrándose. Otra vez.

Otra vez.

¿Por qué estoy recordando esto ahora?

No entiendo.

El cuchillo sigue en mi mano. Mis dedos sangran.

Mi pecho arde. No puedo respirar.

Dios, no puedo respirar.

—Violet.

Una voz. Grave. Cercana. Ripley. Siempre quiero que sea él quien me saque de mis pesadillas. Pero no siempre es real, no siempre está ahí.

No. No es real. No puede ser real.

—Suelta el cuchillo.

Me habla, pero mi cuerpo no responde. Mi mente está atrapada allá. En ese maldito armario. En esa maldita casa.

El cuchillo cae. Lo oigo golpear el suelo.

Pero luego... Mis piernas también me fallan.

Caigo.

Ripley se lanza hacia mí antes de que toque el suelo del todo. Sus brazos me envuelven.

Fuerte. Firme.

Ancla.

—Respira. Solo respira. Estoy aquí.

El aire es lava. El mundo es una jaula.

Me aferro a su traje. Le arranco el aliento con mis manos, con mi desesperación.

Lloro.

Grito.

Pero no es por él.

No por Ripley.

No por Fedor.

Es por ella.

Por la niña que fui.

Por la que encerraron.

Por la que olvidé.

—Yo... —intento decirle. Pero no puedo.

Y entonces él entra.

Fedor.

Su voz se clava como un disparo.

—Violet, ¿qué sucede?

No lo soporto.

No ahora.

No así.

—Está teniendo un ataque de pánico —responde Ripley, sin soltarme.

Fedor da un paso.

—¿Qué mierda...?

—¡No te acerques! —grito con toda la fuerza que me queda, con la furia de mil armarios cerrados con llave. No quiero que aparte a Ripley de mí.

Fedor se congela.

Mi voz lo corta más que cualquier bala.

—¿Qué carajo le hiciste?

—Dale un momento, Fedor —responde Ripley, firme.

No se inmuta.

No me suelta.

Solo me contiene.

Mientras yo me rompo.

Me tiemblan los labios. Me duelen los recuerdos.

Sigo en el suelo. Las piernas no responden.

El pecho...

Dios. El pecho se me parte en dos.

Pero no estoy segura de estarlo yo.

Fedor sigue parado frente a nosotros.

Su presencia me asfixia.

No por lo que ha hecho... sino por lo que no ha hecho nunca.

Porque no fue él quien estuvo en las madrugadas del embarazo.

No fue él quien sostuvo mi mano en el parto.

No fue él quien me miró con los ojos llenos de pánico cuando nuestro hijo dejó de respirar por cinco segundos.

Fue Ripley.

—¿Qué demonios pasa aquí? —insiste Fedor. Su voz ya no tiene preocupación. Tiene orgullo herido. Tiene rabia.

—Sal de aquí. —le dice Ripley, sin mirarlo.

—¿Perdón?

—No lo repetiré, Fedor.

Lo escucho dar un paso hacia nosotros.

Ese simple gesto me quema.

Y vuelvo a gritar, desgarrándome:

—¡NO TE ACERQUES!

Ripley me sujeta más fuerte.

—¿Qué carajos, Ripley? —escupe Fedor, ahora enfurecido.

—¡Cállate! —le responde Ripley, girando por fin la cabeza para verlo, y en sus ojos...

Hay tormenta.

—¡Cállate y mírala, joder! ¡Ni siquiera la ves! No la has visto nunca en sus peores momentos.

¿Acaso ha habido mas momentos así y no me he dado cuenta?

Silencio. Solo mi llanto, mi respiración entrecortada, y el maldito eco de su verdad.

Ripley me pasa una mano por el cabello, y su voz tiembla:

—Se está rompiendo. Y tú solo preguntas qué hice.

Fedor no responde.

Quizá porque sabe que no tiene cómo.

Ripley se inclina hacia mí. Me limpia las lágrimas con la yema de los dedos, con esa delicadeza que nadie imagina que tiene.

Sus labios rozan mi frente.

Un roce. Solo eso. Pero me derrumbo más.

Y entonces, con esa voz que guarda tanto amor como rabia, me dice:

—No te vuelvas a encerrar por ellos, Violet. Nunca más. Ni en armarios, ni en matrimonios, ni en silencios.

Y al final, se gira hacia su hermano con una mirada que podría matar.

—Llévate a tu gente, Fedor. Y si me preguntas otra vez qué le hice, te juro que esta vez sí seré culpable de algo.

Fedor no dice nada.
Solo se va.
Como siempre.

CAPÍTULO 8

Violet

Bear duerme a mi lado, encogido como un gatito. Su habitación está justo al lado, con una cama más grande que él y peluches que ya casi no toca, porque dice que está “creciendo”. Pero en noches como esta, él lo sabe.

Sabe que mamá lo necesita.

Sus pequeñas manos están sobre mi brazo, como si intentara protegerme.

Como si pudiera.

Suspiro. Me duele la cabeza, me pican los ojos. Pero estoy en paz.

Una paz frágil. De esas que se rompen si respiras muy fuerte.

Escucho que tocan la puerta. No hace falta preguntar quién es. No espera a que le diga “pasa”. La abre. Entra.

Tiene un golpe en la cara. Pómulo rojo. Labio partido.

No pregunto. No necesito hacerlo.

—Te he traído un té para dormir —dice, acercándose en silencio, con esa voz suave que no le pega nada, pero que conmigo usa demasiado seguido.

—¿Un médico creyendo que un té me hará dormir? —levanto una ceja.

Él sonríe apenas.

—También le he puesto algo.

—Claro que sí. El médico juega a curar. —Bajo la voz, mirándolo con un dejo de ternura amarga—. Aunque no estoy segura de que puedas curarme, Ripley. A veces... ni siquiera yo sé qué es lo que me pasa.

Él deja la taza sobre la mesita de noche, se agacha frente a mí, al nivel de mi mirada.

No me obliga a tomarla.

No me toca.

Solo espera.

Ripley es tan guapo. Ya tiene algunas canas a pesar de que no llega a los cuarenta todavía. Se mantiene fuerte, tiene tatuajes igual que su hermano, pero su hermano no es tan musculoso como él.

Tampoco folla como él...Fedor es una bestia en la cama, busca lo que quiere, lo obtiene y se va. Ripley no. Ripley se queda a tu lado, te abraza, te huele el cabello y te besa. Han pasado ocho años desde entonces y aun lo recuerdo.

Sacudo mi cabeza con ese recuerdo. No es el momento. No con mi hijo durmiendo a mi lado.

—Bear... él— intento decir.

—No. —me interrumpe, suave, pero firme—. No te vio así. Nunca lo ha hecho.

Asiento. Alivio. Culpabilidad.

—¿Ha pasado antes? —pregunta, sin juicio. Solo interés. Cuidado.

—Sí.

—¿Cuántas veces?

—Con la de hoy... cuatro.

Me llevo una mano al rostro, cierro los ojos, dolida por su respuesta sin poder creerlo.

—Dios...

—No quiero que te agobies, Violet. No es tu culpa. —Susurra.

Él se sienta a los pies de la cama. Se queda en silencio unos segundos. Luego me habla con esa voz que tiene cuando se pone el uniforme invisible de médico, ese que usa para explicarle al mundo lo que el mundo no quiere entender.

—Violet, lo que te pasa... es clínico. Real. No estás loca. No estás rota. —Me mira—. Es tu cerebro protegiéndote como puede. Es lo que hace cuando el dolor de antes... no encontró salida. Se llama Trastorno de estrés postraumático complejo.

—¿Y por qué ahora? —le pregunto, sintiendo el nudo de nuevo—. ¿Por qué tan tarde?

—Porque eso es lo que hacen los traumas. —Sus ojos me sostienen. No hay lástima en ellos, solo comprensión—. A veces duermen. A veces se esconden. Pero cuando el cuerpo se relaja, cuando por fin te sientes a salvo... entonces atacan. Porque por primera vez tienes espacio para sentir. Para recordar.

Miro a Bear, respirando en sueños.

—Esto empezó después de tenerlo.

—La depresión post parto puede manifestarse de muchas formas, —dice—. Puede mezclarse con trastorno de pánico, con recuerdos reprimidos. La euforia, la felicidad extrema, el miedo de perder algo tan amado... todo eso también puede desatarlo. No es debilidad. Es biología. Y no estás sola.

Me cubro los ojos con la mano. Estoy llorando y no sé cuándo empecé a hacerlo.

—¿Y qué hago? ¿Cómo lo detengo?

—No lo detienes. Lo entiendes. Lo enfrentas. Lo hablas. —Su voz baja aún más—. Y si me dejas... lo enfrentamos juntos.

Silencio.

Me acerco, dejo que mi cabeza caiga sobre su hombro, despacio, temblando.

Él no se mueve. No se atreve ni a respirar fuerte.

Solo espera.

—Gracias por quedarte.

—Siempre me quedo, Violet. Aunque digas que no lo haga. Aunque me echas. Aunque me odies.

Miro a Bear otra vez. Sus pestañas tan largas. Su respiración tranquila.

—Tiene tu corazón.—.Ripley sonríe, y esta vez, es sincera. Dolida. Completa.

—Y tú tienes el mío. Aunque todavía no quieras cargar con él.

CAPÍTULO 9

Ripley

Minutos antes.

Siempre termina así.

A gritos.

Con los puños cerrados.

Con la sangre caliente y la boca seca de decir lo que no se dijo durante años.

El despacho de Fedor es un espacio demasiado ordenado para la clase de caos que arrastramos.

Hay whisky en el suelo. Cristales rotos.

Y mi hermano, mirándome como si acabara de traicionar al mundo. O a él.

—¿A qué mierda estás jugando, Ripley? —escupe, sujetándose el costado. Le pegué primero. Lo haría de nuevo.

—¿Jugar? Esto no es un juego, Fedor. No para mí. No desde hace años.

La rabia lo transforma.

Pero no se lanza otra vez.

Está respirando como un toro, pero no se mueve.

—¿Ella sabe? ¿Le has dicho todo lo que sientes?

—No. Porque no soy como tú. No le prometo cosas que no pienso cumplir. No me caso con una mujer solo para convertirla en una sombra.

El golpe me lo da ahora. De frente.

Fuerte. Me parte el labio.

No me quejo.

Lo miro, tragando sangre, pero sin bajar la mirada.

—Siempre supe que te gustaba. —Su voz es más baja ahora. Más peligrosa. Más rota.

—¿Y aún así te casaste con ella?

—Fueron negocios, me aconsejaste que lo hiciera —frunce el ceño—Luego, ella se volvió algo más, quiso intentarlo. Y la embaracé y luego tú... tu cambiaste, te fuiste de la casa.

—¡Porque me lo pidió! —grito, perdiendo la poca compostura que me quedaba—. Porque me lo pidió, Fedor. Porque me pidió que la dejara en paz. Que no complicara las cosas.

Lo digo todo. Y aún así, no siento alivio. Siento que me hundo más. Fedor se pasa la mano por el cabello, frustrado.

—Yo también la amo, Ripley. —dice—. A mi manera.

—Tu manera la está matando.

Ese silencio pesa como una maldita losa.

—Tú no eres su salvador. Eres su maldito escape.

—¿Y tú qué eres? ¿Su cárcel?

Fedor se acerca, más calmado de lo que esperaba. Hay un cansancio en sus ojos que no puedo leer del todo.

—Ella nunca dejó de mirarte. Ni siquiera cuando estaba conmigo. Ni siquiera embarazada. Nunca fuiste invisible para ella.

—¿Y tú? ¿Qué hiciste con eso?

—Intenté quedarme.—Se encoge de hombros—. Quise creer que con amor bastaba. Pero el amor no sirve cuando no sabes cómo se da.

—Entonces déjala. —no puedo creer que lo estoy pidiendo ahora. ¿qué mierda me pasa?

—No.

La respuesta es instantánea. Fría.

—No la voy a dejar. Pero tampoco voy a seguir peleando contigo por algo que ya no tiene arreglo.

—¿Qué carajo significa eso?

—Significa que si vas a amarla, Ripley, hazlo. Pero deja de ocultarte detrás del hospital, detrás de mi hijo, detrás de tu moral de mierda.

Me quedo quieto.

—Ella no necesita otro mártir. Necesita a alguien que no le tenga miedo a tocarla, incluso cuando se rompe.

Me duelen las palabras. Porque sé que son ciertas. Este maldito hijo de puta.

Fedor camina hacia la puerta.

Pero se detiene.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? —me pregunta, sin mirarme —. ¿Que la amabas?

Respiro hondo. Y ahí está. La verdad que me ha quemado por dentro todos estos años.

—Porque la amé desde antes de saber que era tuya.

Fedor se tensa.

Pero no responde.

—Y después de saberlo, la amé más. A pesar de todo. A pesar de mí.

Hago una pausa.

No es una confesión.

Es una condena.

—Y la sigo amando. Cada maldito día. Aunque me destroce.

Fedor gira la cabeza.

Su expresión es un mapa de cicatrices.

Celos. Rabia. Resignación. Dolor.

Pero también una tristeza vieja, podrida, que siempre ha estado ahí. Entonces, apenas un murmullo, como si fuera para sí mismo:

—Siempre fuiste mejor que yo en todo... hasta para quererla.

No lo dice con rencor.

Lo dice como quien acepta su derrota.

Como quien deja caer un arma que ya no puede sostener.

Y se va.

Me quedo solo, con el labio sangrando, los nudillos morados y el alma hecha polvo y me limpio la boca con la manga, paso por la cocina, caliento agua, preparo el té.

Puedo oír los latidos de mi propio pecho, furiosos, descontrolados.

Camino por el pasillo, sin saber si lo que estoy haciendo está bien.

Toco la puerta.

Y entro.

CAPÍTULO 10

Violet

El tráfico se ha despejado a esta hora. Vamos de regreso a casa después de la escuela. Bear no para de hablar sobre su proyecto de ciencia. Dice que va a construir un volcán que explote con bicarbonato y vinagre, que Ripley le prometió ayudar. Se ríe, emocionado. Yo finjo que escucho.

Pero no lo hago.

Porque lo siento.

Ese cosquilleo en la nuca. Esa sensación. La conozco. La aprendí a descifrar desde que entré en este mundo de hombres armados y lealtades compradas.

Miro por el retrovisor.

Un SUV negro. Vidrios polarizados. Dos coches detrás, pero demasiado cerca. Sin intermitentes. Sin cambio de carril.

No es el auto asignado para protegerme.

¿Dónde están los malditos guardaespaldas?

Aprieto el volante.

Bear me sigue hablando del volcán, de su profesor, de un dibujo.

No lo escucha. No lo ve.

Pero yo sí.

El SUV se acerca.

Demasiado.

Quieren volcarme.

Aprieto el acelerador.

La ciudad queda atrás. Las calles se curvan. No estoy armada. No tengo respaldo.

Estoy sola.

Estoy sola con mi hijo.

—Bear, cariño. Escúchame. —mi voz tiembla, pero la disfrazo.

Como una canción de cuna con filo de cuchillo.

—¿Mamá?

—Todo está bien, mi amor. Solo agárrate fuerte.

El auto negro se lanza a la izquierda. Me encierra. Giro el volante.

El coche derrapa. El chirrido me atraviesa los dientes. Una llanta golpea el borde de concreto. El auto rebota y se detiene con un rugido final.

Me quemo las palmas tratando de estabilizarme.

Bear está llorando.

—Mamá... mamá, tengo miedo.

—Shh... tranquilo, cariño. Todo está bien. Todo está bien.

Miento.

Pero los mentirosos también protegen a veces.

Miro a mi alrededor.

Zona industrial. Nadie.

Los otros coches ya no están.

Solo el SUV negro, bajan dos hombres.

No tengo arma.

No tengo tiempo.

Tengo que esconderlo.

—Bear, escúchame. Necesito que hagas algo, ¿sí?

Lo tomo por los hombros. Mis manos le tiemblan.

—Vamos a jugar un juego.

—¿Un juego?

—Sí, amor. Quiero que abras la puerta y te escondas debajo del coche. Es un escondite especial. Vas a contar hasta veinte.

Me muerdo la lengua.

No hasta veinte. Veinte no es suficiente.

—¿Solo hasta veinte? ¡Puedo contar hasta ochenta!

Me regala una sonrisa valiente.

Mi niño.

Mi pequeño Bear, que no entiende lo que pasa pero intenta ser fuerte.

—Está bien, cariño. Cuenta hasta ochenta. Y mamá vendrá por ti. ¿De acuerdo?

Él asiente.

Me río.

Me río porque si no lo hago, lloro.

Y si lloro, no sobrevivo.

Lo veo salir por la puerta contraria. Se desliza bajo el coche como le enseñó Ripley en uno de esos juegos de "mecánicos" que a mí me parecían una estupidez en su momento. Ahora le debo la vida por eso.

Uno... dos... tres...

Lo escucho contar desde abajo.

Los pasos se acercan.

Me bajo del auto.

La adrenalina me da fuerza.

Uno de los hombres tiene una pistola. Me apunta. No dispara.

—La señora Romanov.

Su acento es del este. De los míos.

—Díganme quién los mandó y les ahorro los dientes rotos.

El otro se ríe. El primero niega con la cabeza.

—No vinimos a hablar.

Avanza.

Yo también.

Es todo o nada.

La Violet que fui, la que Fedor casó por venganza y Ripley besó por error, no existe.

Esta soy yo ahora. Protegiendo a mi bebé de ocho años, no dejaré que nadie lo lastime.

Así que esta versión pelea.

Le lanzo la puerta del coche encima. El golpe lo hace trastabillar. Tomo una piedra, la estrello en la cabeza del segundo antes de que apunte.

Corro.

El primero me alcanza del cabello.

Uno de los hombres me agarra del cabello, me arrastra.
Intento resistirme, grito, lo muerdo. Me golpea en el estómago.
Caigo.

Otro me inmoviliza los brazos. Me arrastran por el asfalto. Mis uñas
se quiebran al intentar aferrarme al suelo.

—¡NO! ¡SUÉLTENME, POR FAVOR!

Mis gritos no importan.

Mis lágrimas, menos.

Me lanzan dentro del SUV. Olor a cuero, gasolina y encierro.
Me amarran las muñecas. Intento escuchar. Lucho contra el zumbido
en mis oídos.

Entonces lo oigo.

Desde lejos.

Su voccecita. Su inocencia.

Contando.

—...setenta y tres... setenta y cuatro... setenta y cinco...

—No... no... —susurro, con el rostro presionado contra la
ventana.

Mi hijo. Mi bebé. Solo.

—...setenta y seis... setenta y siete... setenta y ocho... setenta
y nueve... ochenta...

Pero para cuando llegue a ochenta...
yo ya no estaré allí.

CAPÍTULO 11

Ripley

El teléfono suena. Una vez. Dos. Tres.

Mi pulso se acelera. Nunca suena tanto sin malas noticias.

—¿Qué? —respondo, seco.

—La señora... perdimos el coche de la señora.

Silencio.

—¿Qué coño dijiste?

—El equipo... el coche asignado se retrasó. No la tienen a la vista desde hace quince minutos.

Quince minutos.

Quince putos minutos.

El mundo se detiene.

Dejo caer los instrumentos médicos que tengo en la mano. El latido en mis oídos suena como un tambor de guerra.

No me molesto en gritar. No pierdo un segundo.

Tomo mis llaves, salgo a toda velocidad. Nadie me sigue.

Nadie tiene que hacerlo.

Ella es mía.

Y si alguien se atrevió a tocarla, lo haré pedazos con mis manos desnudas.

...

Las calles son un borrón. La ciudad tiembla bajo las ruedas de mi coche. Todo me parece lento excepto mi respiración.

Mi mente juega conmigo:

Violet gritando. Violet sangrando. Violet... muerta.

No. NO. No me hagas esto.

Un aviso por radio me hace frenar de golpe.

—Localizaron el coche. Zona industrial. Un kilómetro al sur del río.

Derrapo en la curva. El polvo y el olor a caucho quemado me golpean las fosas nasales. Mi estómago es una piedra.

Y entonces lo veo. El coche. Detenido. Solo. Como un cadáver abandonado bajo el cielo. Bajo. La pistola en la mano.

Silencio. Demasiado silencio.

Pero hay algo.

Un sollozo. Un llanto.

Me acerco al auto. Camino despacio, temiendo lo que pueda ver, me agacho.

—Bear... —susurro, con la voz quebrada.

Entonces lo veo.

Pequeño. Acurrucado debajo del coche.

Cubierto de tierra. Las rodillas raspadas.

Llorando.

—Tío Rip...

Caigo de rodillas. Me meto como puedo. Lo tomo en brazos. Él se aferra a mi cuello como si fuera lo único que lo mantiene en este mundo.

—Mamá... Ella dijo que... que me escondiera... que contara hasta ochenta...Y que ella vendría por mí...

Su voz se quiebra.

Yo también.

—Pero no está, tío Rip... no está... ¿dónde está mamá?

Mis brazos se tensan a su alrededor.

No puedo responderle. No puedo decirle que no sé. Que estoy tan perdido como él.

—Estoy aquí, dragón —susurro—. Te tengo, pequeño. Te tengo.

Miro alrededor. Nada. Nadie.

—¡Revisen la zona! ¡Quiero a cada bastardo en un techo, en un callejón, bajo tierra si es necesario!

Uno de mis hombres se acerca.

—¿Y si ya la han sacado de la ciudad?

—Entonces quemamos la maldita ciudad hasta que vuelva.
Bear tiembla en mis brazos. Tiene miedo. Y yo también.
Pero no puedo dejarlo ver eso.

—Shhh... mamá vendrá. Te lo prometo.

Por todo lo que no pude hacer antes.

Lo abrazo más fuerte, mientras dentro de mí...
algo se rompe.

...

Bear no ha dicho una palabra desde que lo puse en el asiento trasero.

Sus ojos están hinchados.

Su cuerpo, rígido como si no quisiera volver a confiar en el mundo.

Conduzco como si el volante fuera un arma.

Y en parte lo es.

Porque el mundo se ha ido a la mierda. Y sé exactamente quién tiene la culpa.

Cuando llego a la mansión, no espero a que nadie me abra.
Entro cargando a Bear en brazos. Él no se queja. Se aferra a mí como si su vida dependiera de ello.

Tal vez sí.

Fedor baja por las escaleras, con el móvil en la mano, sin una puta idea de lo que acaba de pasar.

—Ripley, ¿qué demonios—?

—¿Dónde mierda están tus hombres? —le escupo.

Él se detiene en seco al ver mi cara.

Luego a Bear.

Y finalmente... comprende.

—¿Dónde está Violet?

Lo dejo de pie, con los ojos clavados en el vacío. Pongo a Bear en un sillón y le dejo una manta. Él se acurruca, temblando. No llora más. Ya no le queda nada.

Entonces me giro hacia Fedor.

—¿Qué trato hiciste con los Al-Baari, Fedor? ¿Siguen buscando una droga que no existe?

Su rostro se tensa como una cuerda lista para romperse.

—¿Qué mierda estás insinuando?

—Estoy diciendo que ella está desaparecida. Secuestrada. Que el coche apareció solo. Que Bear estaba debajo del auto contando hasta ochenta mientras ella era arrastrada fuera. Y que tú, maldito imbécil, hiciste un acuerdo con una organización yemení que odia nuestra sangre.

—No fue un trato con ellos. Fue una advertencia. Una línea para que no cruzaran territorio. Solo fue una reunión...

—¡Ella no es parte del juego! —le grito, atravesando el espacio entre nosotros y empujándolo contra la pared.

Mis manos en su camisa. Mi aliento en su cara. Mis puños a punto de romperle la mandíbula.

—Es tu esposa, Fedor. Pero fuiste tú quien la dejó sola. Fuiste tú quien falló.

—¿Y tú crees que no lo sé?!

Se zafa de mi agarre con un golpe al pecho. Me empuja hacia atrás.

Nos medimos como dos perros rabiosos en una habitación de cristal.

—Yo no quería esto, Ripley. No quería que se metieran con ella.

—No querías muchas cosas, hermano. Pero ella se fue contigo. Y ahora está perdida.

Silencio.

Dolor.

Culpa.

—Los Al-Baari —le digo con los dientes apretados—. Si ellos la tienen, no va a sobrevivir mucho. No si creen que es una forma de joder a la Bratva. Y tú acabas de darles la excusa perfecta.

Fedor se lleva las manos al rostro. Por un segundo, parece... pequeño.

Inútil.

—La vamos a traer de vuelta —dice, con la voz quebrada—. Lo juro. Hablaré con Sergei Kotov. Él debe de saber algo.

Lo miro. No por odio. Sino por lo que ya no podemos cambiar.

—Tú no la vas a traer de vuelta. Yo lo haré. Porque yo sí la amo. Porque ella lo sabe. Y porque no voy a

descansar hasta que vuelva a casa.

Doy media vuelta, antes de decir algo peor.

Miro a Bear una última vez.

Y salgo.

Porque esto ya no es una guerra de territorios.

Es personal.

CAPÍTULO 12

Violet

No sé cuánto tiempo ha pasado.

Podrían ser días. Podrían ser años.

Aquí dentro no hay ventanas. Solo una luz blanca que nunca se apaga, como si quisieran recordarme que el infierno no siempre es oscuridad. A veces, es esta claridad agobiante, constante, que te hace desear cerrar los ojos y no volver a abrirlos.

Me duelen los dedos.

Las muñecas.

Los pensamientos.

A veces me hablan en un idioma que no entiendo. Creí que eran rusos, pero si lo eran, seguro eran desertores, traicioneros. A veces no hablan nada. Me miran, esperan que tiemble.

No les daré eso.

He sangrado.

He gritado, solo una vez.

Ya no lo hago.

La celda es de concreto. Me dejaron una manta rota, una cubeta con agua y la puerta se abre solo para tirar comida en una bandeja. No me tocan. Aún.

Pero me amenazan.

Una vez, uno de ellos se inclinó sobre mí y me dijo en ruso con acento espeso:

—Tu esposo no pagará. No vendrá. Tú no vales nada para él.

No respondí. Porque si decía algo, me iba a romper.

Pero esa noche, cuando el frío se me metía por los huesos y el sabor metálico de mi propia sangre me raspaba la lengua, pensé en Bear.

En sus manitas tocando mi cara. En cómo se acurruca contra mí cuando tiene pesadillas.

En cómo me dijo hace una semana:

"Mamá, no me voy a casar nunca, para quedarme contigo para siempre."

Dios.

Bear.

¿Dónde estás, mi amor?

¿Quién te explica que mamá no volvió a los ochenta?

¿Quién te dice que esto no fue un juego?

CAPÍTULO 13

Violet

Una semana despues

Me despierto con los gritos de otro prisionero. Golpes en una puerta lejana.

Cadenas. Risas.

Y otra vez, el silencio.

Mi cuerpo empieza a recordar cosas. Mi mente, también. Los ataques de pánico que pensaba superados... regresan. No con fuerza, no con violencia. Regresan como un veneno suave, gota a gota.

Me paralizan. A veces, me mecen.

Otras veces, me veo ahí. En el armario. Encerrada por mis propios padres.

Sola.

CAPÍTULO 14

Violet

Dos semana despues.

Hoy vino uno diferente. No habló. Me dejó un cuaderno viejo y un lápiz.

No sé si es para quebrarme o para darme una ilusión.

Pero escribí.

"Mi nombre es Violet Romanov. Soy madre. Soy esposa. Soy más que un peón. Soy más que una advertencia. No me olviden. No me rompan. Yo volveré a casa."

Y justo cuando terminaba de escribirlo, oí algo.

Lejano. Difuso.

Disparos.

No me atrevo a creer.

No aún. Pero por primera vez en dos semanas, mis ojos se llenan de algo que no es miedo.

Esperanza.

CAPÍTULO 15

Ripley

Entramos como un maldito terremoto.

No hay advertencia.

No hay negociación.

No hay perdón.

Solo fuego, metal, y la voluntad de desangrar a cada bastardo que pensó que podía tocarla.

Los Al-Baari se esconden en una fábrica abandonada a las afueras de Varsovia. Cuerpos armados, francotiradores, trampas en cada rincón. Sabemos que no saldremos limpios de esta. Pero eso ya no importa.

Porque Violet está ahí. Y yo no pienso respirar si no es con ella al lado.

Fedor va delante, cubriendo el flanco izquierdo y disparandoles a todos, es letal cuando está en acción, pero esta vez es diferente, tienen a su mujer.

Yo soy el lobo suelto. El que muerde sin ladrar.

Nuestros hombres limpian el perímetro. Hay fuego cruzado en el segundo piso. Una explosión nos sacude el estómago.

No paramos.

Una bala me roza el hombro. No me detengo.

Escucho gritos. Algunos ruegan. Otros se burlan.

No hay distinción.

Pasamos por una sala repleta de mapas. Uno de los guardias intenta disparar y Fedor le parte la cara con la culata del rifle.

—Uno más que no va a hablar —dice.

—No necesitamos que hablen. Necesitamos encontrarla.

Y entonces lo oigo.

Un murmullo. No. Un grito.
No es un grito de terror.

Es su nombre.

Mi nombre.

—Rip...

Veo la forma en como arruga la cara mi hermano al escuchar a su mujer gritar mi nombre, puedo ver en dolor en su rostro.

—Vamos—me dice.

Rompo la puerta a patadas. Fedor me cubre. Hay un cuerpo en el suelo. Aún respira. Le disparo en la pierna antes de que se levante.

Y la veo.

Está encogida en una esquina, sucia, pálida, con los ojos clavados en mí como si no creyera que soy real.

—Violet —digo su nombre como si fuera una maldición y una oración al mismo tiempo.

Ella se pone de pie.

Temblorosa.

Frágil.

Pero sigue en pie.

—Sabía que vendrían —susurra. Y sus labios se rompen como vidrio cuando sonrío. Fedor es el primero en abrazarla, yo me mantengo lejos de la pareja y disparo a un hombre que sale corriendo. Necesito matar. Es demasiado tarde para detenerme.

—Ripley—me llama y yo maldigo.

Me acerco. Me toca la mano.

No hay nada en el mundo más importante que esa primera sensación.

Está viva.

Está aquí.

—Vamos a casa —le digo a mi hermano.

—¿Y Bear? —dice Violet.

—Está bien. Está esperándote. —le responde Fedor, tranquilizándola.

Se le quiebra la cara. Lo abraza. Le entierra las uñas en el cuello.

Llora por todo lo que no pudo romperla. Pero sus ojos están en mí, lo está haciendo por él. Por mí. Porque es lo mejor, es él quien debe de consolarla.

Fedor se aparta y se queda en la puerta. La mira en silencio. Sus ojos dicen lo que su boca nunca dirá.

Yo me la llevo en brazos, porque no puedo más. Ella necesita ayuda, es cuestión de horas para que se rompa, lo sé, lo he visto. Dos semanas, dos jodidas semanas y sabrá Dios y el diablo que le hicieron.

—Tengo que caminar —intenta decir.

—No. Hoy no.

Hoy solo la llevo.

Hoy solo respiro porque ella lo hace. Salimos entre fuego, cuerpos, metralla. Y por fin, Violet Romanov vuelve a casa.

CAPÍTULO 16

Violet

Estoy viva.

Me toma un segundo recordar. Otro segundo para creerlo.
Y un tercero para sentir el peso cálido sobre mi pecho.
Un cuerpo pequeño, familiar.
Bear.

Su respiración suave me envuelve. Está dormido, enroscado
como si aún fuera un bebé.

Como si, al dormirse así, pudiera protegerme del mundo.

No sé cómo llegué a esta cama.

Sé que Ripley me trajo.

Sé que Fedor me miró desde el umbral de la puerta sin saber si
podía entrar. Y sé que todo lo que pasó es su culpa. Lo odio, pero no
puedo decírselo, la culpa está en su cara. Él es el Pakhan, él es el
rey de la mafia, el que gobierna, el enemigo del mundo.

Sé que dormí por más de veinticuatro horas.

Pero Bear está aquí.

Y eso es todo lo que importa.

—¿Mamá? —susurra sin abrir los ojos.

—Aquí, cariño. Estoy aquí.

Me abraza más fuerte.

Y yo me rompo.

En silencio.

Porque esta vez no hay cadenas, ni gritos, ni frío. Solo su calor.

...

Cuando logro sentarme, encuentro una taza en la mesa. Está
caliente. Té de jengibre.

El favorito de Ripley.

Y entonces lo veo.

Apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados. Lleva la misma camisa de anoche. El vendaje en el hombro es nuevo, pero la sangre lo ha manchado otra vez.

—No quise despertarte —dice.

—Lo hiciste. Pero está bien.

Nos miramos.

Hay tanto que decir... que no decimos nada.

—¿Y Fedor? —pregunto al fin.

—Despachando problemas. Firmando cosas. Golpeando otras. Ya sabes, siendo él.

Asiento.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Cómo estás?

—Yo... —respira hondo y se le quiebra un poco la voz, por primera vez—. Estoy mejor ahora.

Sus ojos caen sobre Bear.

Y algo se ilumina en ellos.

—Él se durmió esperándote. No quiso dejarte sola.

Lo sé.

Bear siempre sabe.

Incluso cuando yo no digo nada.

...

Más tarde, Fedor entra sin hacer ruido.

Bear sigue dormido, así que lo dejo en la cama. Ripley sigue aquí y se aparta para que su hermano se acerque.

Fedor me mira. No con celos. No con ira.

Con algo más triste. Más humano.

—Lo siento —dice.

Solo eso.

Y yo asiento, porque aunque no borra nada... no haré una escena mientras mi hijo duerme.

Salimos al jardín. El aire fresco debería calmarme, pero nada lo hace.

Bear duerme adentro, y cada vez que cierro los ojos... veo el cuchillo en mi garganta.

O peor:

Veo el rostro de mi hijo contando hasta ochenta mientras me arrastraban lejos.

Ripley me sostiene por el brazo, pero no puede detener lo inevitable. Fedor está en la entrada, con las manos en los bolsillos y los ojos en el suelo.

No tiene derecho a evitarme la mirada.

Camino hacia él.

—Violet... —empieza a decir.

Y entonces lo golpeo.

Le cruzo la cara con una bofetada que suena como un disparo.

Ripley no se mueve. No me detiene.

Él sabe que esto tenía que pasar.

—¡Esto fue tu culpa! —le grito.

Fedor retrocede un paso. No levanta la mano. No responde.

—Violet, lo siento...

—¡Pudieron habérselo llevado! ¡A él! —grito, con la voz hecha pedazos—. A Bear... ¡a mi hijo!

—Lo sé...

—¿Lo sabes? ¿¡Lo sabes!? Te odio. Te juro por Dios que si algo le llega a pasar a Bear por tu culpa, Fedor Romanov... yo misma te mataré.

Mi voz tiembla. Mi pecho arde. Todo mi cuerpo es una tormenta.

Y él me mira. No con rabia. No con orgullo herido.

Con esa tristeza estéril de quien sabe que no puede deshacer el daño.

—Lo siento —repite, y esta vez no es solo una disculpa.

Es una rendición.

Mis puños tiemblan. Mi cuerpo también. Y Ripley se acerca, por fin, y me envuelve en sus brazos.

No dice nada.

Solo me sostiene.

Como si sujetarme fuera lo único que mantiene al mundo unido.

Yo no digo más.

Fedor no se defiende. Y así quedamos los tres. Entre las ruinas del miedo, el dolor y la sangre.

Porque aunque él lo haya dicho...

"Lo siento" no arregla nada.

Pero, por ahora, es lo único que queda.

...

Ripley me acompaña a la terraza cuando cae la tarde. Nos sentamos sin hablar.

Y en ese silencio, hay una promesa. Una que no se necesita decir.

Estoy aquí.

Y si vuelve a pasar, volveré a cruzar el mundo por ti.

Una, diez, mil veces.

Porque aunque mi apellido sea Romanov...

Mi hogar, siempre ha sido Ripley.

CAPÍTULO 17

Ripley

Han pasado tres días.

Y Violet no ha salido de su habitación.

Ni una palabra. Ni un grito.

Ni siquiera silencio... solo esa presencia invisible, rota, que vive detrás de la puerta cerrada.

Después de que golpeó a Fedor, se quebró. Como un cristal que se sostenía en equilibrio, como una pared que aguantó demasiado.

Se derrumbó.

Y yo no sé cómo sostenerla sin hacerle más daño.

He dormido en el suelo, junto a la puerta.

He escuchado su llanto cuando cree que nadie la oye.

He escuchado las pesadillas.

Los susurros.

Y el nombre de su hijo dicho entrecortado, como un rezo.

Hoy entro.

Ya no puedo esperar más.

Ella está sentada al borde de la cama, con la mirada fija en algún punto que yo no alcanzo a ver.

—Violet —digo, con el corazón en la garganta—. Necesito saber... por favor. ¿Pasó algo más?

Entonces, por primera vez en tres días, me mira.

Y lo que veo me parte.

Sus ojos están muertos. Vacíos. Pero ardiendo.

—¿Por qué no lo compruebas tú? —me dice, y su voz no es suya, es la voz de alguien que ya no habita su cuerpo—. Comprueba si me violaron. Porque yo no lo sé.

El mundo se detiene.

—Violet...

—Por favor.

Llora.

Llora como si se estuviera rompiendo desde adentro.

—No lo sé, Ripley. No recuerdo nada. Solo la oscuridad. La misma oscuridad que vi cuando era niña.

Mi cuerpo tiembla.

—No puedo tocarte... no así.

—Por favor —repite.

Y no es deseo.

Es necesidad.

Es terror.

Me convierto en médico. No en el hombre que la ama. No en el hombre que mataría por ella. Solo en el profesional que necesita que esté bien.

La examino con la delicadeza con la que se toca algo sagrado.

Cada movimiento es una súplica para que no esté dañada.

Para que no la hayan destruido más de lo que ya hicieron.

Entonces veo los signos.

O mejor dicho, la ausencia de ellos.

No hay trauma.

No hay signos de abuso.

No hay desgarros, ni moretones ocultos.

Nada.

—Violet —susurro—. Estás bien. No te... no te hicieron eso. No te lastimaron.

Ella llora otra vez. Pero diferente. Llora con alivio. Con rabia. Con vértigo. Y me abraza. Se aferra a mí como si fuera su única ancla en el mundo.

—Gracias —dice.

Y antes de que pueda decir algo más...

Se desmaya.

La sostengo. Su cuerpo cae como una muñeca que por fin soltó la tensión.

Y ahí, con ella entre mis brazos, le juro en silencio que nadie más la tocará.

Nunca más.

Aunque tenga que desatar una guerra por ello.

CAPÍTULO 18

Violet

Era una tarde cualquiera.

Bear jugaba con Ripley en el jardín trasero, practicaban con cuchillos lanzables. Lo sé, suena demente, pero en esta familia, enseñar a un niño a defenderse no es una opción, es supervivencia.

Fedor estaba en la biblioteca, revisando unos documentos, o eso me dijo.

Yo le había hablado apenas una hora antes.

Le dejé una taza de café sin azúcar y le dije que no quería discutir más.

“Lo sé”, dijo. “Solo quiero que estén bien.”

Los primeros disparos sonaron como truenos.

El cristal de una de las ventanas estalló.

Los gritos comenzaron.

Todo pasa en segundos.

Los disparos me arrancan de la realidad como si alguien hubiese gritado dentro de mi cráneo.

El sonido es seco, metálico. Tan fuerte que me retumba en los dientes.

—iBear! —grito, corriendo, descalza, el corazón golpeándome el pecho como si fuera a estallar.

El suelo de mármol está frío, pero no lo siento.

Mi garganta arde.

Todo arde.

Los guardias gritan. Una alarma que no suena.

No suena. La seguridad ha sido desactivada.

Nos traicionaron.

—iFedor! iRipley!—grito, como si con su nombre pudiera hacer que todo volviera a estar bien.

Lo veo. A lo lejos. Fedor sostiene a Bear en brazos, agachado, protegiéndolo con su cuerpo.

Dispara. Dos hombres caen. Y entonces... veo a uno de los nuestros, Jova, levantar su arma.

Pero apunta hacia Ripley.

No alcanzo a gritar. Ripley lo ve, reacciona primero.

Le dispara en la cabeza. La sangre mancha la pared.

Nos traicionaron desde dentro.

—¡Mamá! —grita Bear—. ¡Mamá!

—¡Estoy aquí! —le grito, desesperada—. ¡No te muevas, mi amor!

Fedor se pone de pie y sigue disparando, sin detenerse.

Su rostro es una tormenta.

Sus ojos, un huracán.

Un segundo después, una sombra aparece.

Un hombre detrás de Bear.

Un arma.

Una escopeta.

Va a disparar. Y Fedor lo ve. No lo duda. No grita. No piensa. Corre hacia nuestro hijo.

—¡NO! —le grito, pero ya es tarde.

Se lanza frente a la escopeta. El disparo retumba. El impacto lo lanza hacia atrás como una muñeca rota.

Todo se detiene.

—¡PAPÁ! —grita Bear.

No lo escucho bien. El sonido se va.

La sangre me zumba en los oídos. No se quién dispara, pero el hombre de la escopeta ahora tiene un agujero en su frente. Caigo de rodillas junto a Fedor.

Fedor.

Mi esposo.

El padre de mi hijo.

—No, no, no, no —digo una y otra vez, mientras mis manos intentan detener la sangre que ya no se puede detener.

Ripley se lanza a nuestro lado, intentando presionar la herida.

—¡No te mueras, cabrón! —le grito—. ¡No ahora, no así!

Fedor apenas puede respirar.

—No podía dejar que... que le pasara algo —susurra. Sus labios tiemblan—. Es nuestro hijo.

Sus ojos me buscan. Los encuentro. Lloro. Sonríe.
¡Sonríe!

—Cuídalos... los dos —le dice a Ripley—. Prométemelo, hermano.

Ripley asiente, sin hablar.

Porque si habla, se rompe.

Yo ya estoy rota.

—Fedor, no te vayas. No puedes. Bear te necesita. Yo...

Me toma la mano con fuerza.

Sangre. Calor. Su mano se aferra como si esa fuera su forma de quedarse.

—Nunca fui... suficiente. Pero... los amé.

Un aliento. Uno solo. Y se va.

—Papá... —dice Bear en voz baja. Se arrodilla junto a él. Su voz es tan suave, tan rota, que me parte en dos—. ¿Estás dormido?.

Ripley se pone de pie. Su cara está blanca. Sus ojos, negros. Negros de rabia.

—Mátenlos a todos —ordena.

Y no hay duda.

No hay más compasión.

No hay tregua.

Esa noche, la mansión Romanov se convierte en un campo de batalla. Esa noche, ningún enemigo sobrevive. Pero también esa noche, pierdo a Fedor. El hombre que me hizo madre.

El hombre que se interpuso entre la muerte y nuestro hijo.

Y nada volverá a ser igual.

CAPÍTULO 19

Violet

Dos semanas despues

Todo ha cambiado. No solo nosotros, sino todo a nuestro alrededor. Incluso la casa donde vivimos ahora parece sacada de un cuento, un castillo imponente que se alza solitario en las afueras de Chicago. Ripley dice que aquí estaremos mejor, que es más seguro, que los enemigos de la bratva ya no puede tocarnos en esta zona roja, pero yo no sé si creerle del todo. En mi interior, una alerta constante se enciende cada vez que el silencio pesa demasiado, cuando las paredes parecen susurrar secretos que no quiero oír.

Ripley ha estado desaparecido la mayoría del tiempo, encerrado en reuniones interminables, tratos oscuros, decisiones que pueden cambiarlo todo. Apenas lo veo, y cuando lo hago, sus ojos están vacíos, cargados de una tristeza que no quiere mostrarme, de un dolor que sabe que no puedo aliviar. Yo tampoco tengo tiempo para pensar en lo que vendrá, porque cada segundo está consumido por la urgencia de proteger a Bear, de protegernos a los dos.

Bear está cambiando también. Lo observo con ojos cansados, intentando asimilar lo que ninguna infancia debería cargar: la muerte de su padre. ¿Qué niño de ocho años puede entender algo así? Él lo vio morir. No fue solo un adiós, fue un horror grabado en su memoria para siempre. Vio a su padre lanzarse a salvarlo, a arriesgarlo todo sin dudarlo, y luego vio cómo la vida se escapaba de ese hombre que para Bear significaba el mundo.

A veces creo que mi hijo no termina de comprender que su padre no volverá, que ya no está ahí, que no es un sueño del que pueda despertar. Me mira con esos ojos grandes, y dice con una inocencia desgarradora:

—El tío Rip es valiente. Él nos cuidará.

Y entonces me derrumbo. No puedo evitar que las lágrimas surquen mi rostro, porque esa frase es a la vez un consuelo y un puñal. Después de ese momento, dejo de pensar en mí, en mi propio dolor, en mi rabia, mi miedo o mi tristeza. Me vuelvo roca, un muro infranqueable para Bear, porque sé que él me necesita fuerte, firme, imparable.

Pero no solo Bear me necesita. Sé que Ripley también me necesita. Él ha perdido a su único hermano, su sangre, la familia que le quedaba en este mundo. Y aunque está ahí, cerca, no me ve. No me habla. Como si su dolor lo hubiera dejado mudo, encerrado en sí mismo. Y duele más que cualquier herida física. Porque sé que está roto, y yo soy lo único a lo que podría aferrarse, pero él no sabe cómo pedírmelo.

Estamos los tres, en un silencio pesado que pesa más que cualquier palabra. Cada uno atrapado en su propio infierno, intentando seguir adelante, intentando protegernos de un mundo que no perdona.

La puerta se abre de golpe y Ripley entra en la habitación. Su presencia es como un viento helado que atraviesa todo, inconfundible, imponente.

—Tendremos una reunión con el Pakhan esta noche —dice con voz firme, sin levantar la mirada de los papeles que sostiene—. Quiere que estés presente.

Me quedo paralizada un instante, incapaz de ocultar la sorpresa. Mi mundo invisible se sacude.

—¿Yo? ¿Por qué yo? —pregunto, sin poder evitar que la incertidumbre se cuele en mi voz.

Él me mira, con esos ojos grises que no se detienen en nada.

—Solo obedece, Violet.

No hay espacio para discutir. Ripley nunca da explicaciones; ordena, y basta.

Esa misma noche, me enfrento al espejo con una mezcla de nervios y determinación. Me pongo un vestido negro ceñido que resalta cada curva, me peino con cuidado y dejo que el maquillaje

disimule las noches sin dormir. No puedo permitirme mostrar debilidad, menos aquí, ante ellos.

Cuando llego al salón de conferencias, el ambiente se corta con cuchillo. Las miradas se clavan en mí, y sé que acaparo la atención de varios hombres poderosos. No soy una mujer que se exhiba, pero esta vez necesito usar cada arma a mi alcance.

El murmullo cesa cuando entra el otro Pakhan, el llamado Kotov. Al verme, se pone de pie con respeto, pero sus ojos no ocultan la evaluación fría y calculadora que me dedica. Ripley dice que es un buen hombre, que todos lo son, pero lo dudo. Ya Fedor no está, y no dudarán en deshacerse de mí.

—Señora Romanov —saluda con voz grave.

—Pakhan Kotov —respondo con un leve asentimiento.

De repente, se acerca, extendiendo la mano con una sonrisa que no llega a sus ojos.

—Dime Sergei —se presenta, estrechando mi mano con fuerza.

—Violet —me presento, tratando de mantenerme firme.

—¿Cómo estás? —me pregunta, y por un instante siento cómo se me nublan los ojos, un gesto de vulnerabilidad que inmediatamente reprimo.

—Estoy bien, gracias —respondo, firme.

Sergei me invita a sentarme con un gesto amplio.

—Bueno, siéntate. Hay algo que seguro podemos hacer por ti y Bear —dice con un tono que no deja lugar a dudas: esto es un trato, y no un favor.

Me siento, y el silencio pesado se instala en la sala, cargado de promesas y amenazas veladas.

—Sabes que la bratva no perdona —comienza Kotov, mirándome con una intensidad que me hiela la sangre—. Lo que pasó con tu esposo no fue solo una tragedia personal. Fue una declaración. Y como Pakhan no estoy dispuesto a dejar esto sin respuesta.

Siento cómo mis puños se aprietan bajo la mesa. Hay otro hombre, creo que es Volkov, el mano derecha de Sergei, me ve y no me gusta. Así me miraban esos hombres que me llevaron, como un

trozo de carne. Aprieto los ojos, tengo que dejar de pensar en mis demonios ahora, no es el momento. Ripley está frente a mí y más personas cuyos nombres no conozco, no me he atrevido a ver quien es la mujer, pero puedo sentir el aroma de su perfume.

—¿Y qué esperan de mí? —pregunto, sin apartar la mirada.

—Tu presencia aquí esta noche no es casual. El Pakhan quiere asegurarse de que entiendes las reglas del juego, y que sabes qué estás dispuesta a hacer para proteger a tu hijo —responde Volkov, con una sonrisa torcida.

La tensión es palpable, cada palabra pesa como una losa.

—No me voy a dejar intimidar —digo, mi voz firme aunque el miedo se cuela por debajo.

—No es intimidación, señora Romanov —Kotov se inclina ligeramente—. Es una advertencia. En este mundo, el que no sabe jugar termina siendo una pieza que se sacrifica en el tablero.

Los ojos de todos están sobre mí, evaluando, midiendo cada reacción. Siento el pulso acelerado, pero no puedo permitirme fallar.

—Haré lo que sea necesario —declaro, con una determinación que ni yo misma sabía que tenía—. Por Bear.

Un murmullo de aprobación recorre la sala. La partida acaba de empezar.

La sala de conferencias se vuelve más densa, como si el aire se espesara con cada palabra no dicha. Kotov toma un sorbo de su copa antes de continuar, cruzando una pierna con total confianza.

—Una viuda no es algo bueno para la bratva —dice con tono medido, como si hablara de una estadística y no de mi vida—. Mucho menos un niño sin un padre que lo proteja y le enseñe el camino. Bear lleva la sangre Romanov, el linaje del futuro. Él heredará este imperio algún día. Así como mi hijo Dimitri. Cuando llegue su momento, votaremos.

Mis dedos se crispan sobre el borde de la silla. No estoy segura de haber oído bien. ¿Están discutiendo el destino de mi hijo como si fuera un activo más del negocio?

—Yo... no lo entiendo —musito, pero en realidad entiendo perfectamente. Solo me niego a aceptarlo.

Entonces escucho una voz que no esperaba, aguda y precisa como un bisturí:

—Tendrás que casarte de nuevo.

Giro lentamente la cabeza y la veo. Isabella Sokolov.

No recuerdo el momento exacto en que dejamos de ser amigas. Tal vez fue cuando ambas dijimos “sí” en altares distintos, cuando nuestras alianzas se tiñeron de sangre y poder. Isabella, la contadora de la bratva, la mujer que conoce cada gramo de coca y cada dólar sucio que entra en las cuentas. La que sabe quién vive, quién muere y cuánto cuesta cada uno.

Tiene la misma edad que yo, pero su mirada es la de alguien que ya no cree en los finales felices.

—¿Casarme...? —repito, incrédula.

—Esto no se trata de amor, Violet —dice con una sonrisa fría—. Se trata de proteger tu lugar, el de tu hijo... y el de tu apellido. Ya no eres solo una mujer. Eres la viuda Romanov. Y eso te hace importante.

—Solo han pasado dos semanas —susurro, no sé si para ellos o para mí misma. Tal vez sea la forma que tiene mi alma de suplicar que todo esto sea una pesadilla. Que no estén hablando de alinear mi vida con otro hombre como si fuera un movimiento de ajedrez.

—Dos semanas son una eternidad en este negocio —replica Kotov—. Necesitamos estabilidad. Una mujer sola es debilidad. Un niño sin guía es un blanco fácil.

Miro a los hombres sentados alrededor de la mesa. Poderosos, armados, estratégicos. Veo cómo me observan, no como una viuda rota, sino como una pieza valiosa que debe ser reposicionada antes de que alguien más la reclame o la destruya.

Y entonces, la tensión se corta con una voz profunda, firme, tan segura como una sentencia.

—Me casaré con ella.

Mi cuerpo se tensa de golpe. Siento cómo todos se giran hacia Ripley, pero no hay sorpresa en sus rostros. Solo el mío se transforma. Solo yo me quedo helada. ¿Lo planeó desde el principio? Lo miro. Sus ojos están fijos en el Pakhan, no en mí. No busca mi aprobación. Ni siquiera busca mi mirada.

—Ripley... —digo apenas, sin saber qué decir después.

—Tiene sentido —interviene Sergei, asintiendo lentamente—. Él es su cuñado. Lleva el mismo apellido. Nadie en la bratva cuestionaría esa unión.

—Y Bear crecerá protegido por un Romanov —añade Volkov, complacido—. Como debe ser.

Isabella simplemente sonrío. Ella ya lo sabía. Claro que lo sabía.

Siento un escalofrío recorrerme. Todo está decidido. Todo, menos cómo me siento al respecto. ¿Qué parte de esto es por deber? ¿Qué parte es por necesidad... y qué parte, si es que existe, es por mí?

Ripley finalmente me mira. Solo por un segundo. Es una mirada breve, cargada de algo que no puedo descifrar. No amor. No ternura. Pero sí algo. Dolor, quizás. O culpa.

—La boda será en tres días —dice Kotov, levantándose como si acabara de cerrar un trato millonario—. Esta familia necesita mostrar unidad. Y nadie se atreverá a tocar a la esposa de Ripley Romanov.

Unidad. Eso es lo que quieren. Una imagen sólida, impenetrable. Aunque esté construida sobre las cenizas de mi duelo. Y mientras ellos siguen hablando de fechas, de acuerdos, de nombres en los registros... yo solo escucho una palabra repitiéndose en mi cabeza:

Esposo. De nuevo. Pero esta vez... no solo hay amor reprimido. También hay guerra.

CAPÍTULO 20

Violet

Hace dos horas que todos se fueron. La puerta del despacho se cierra tras de mí con un chasquido seco. Ripley está de pie, de espaldas, con las manos apoyadas sobre el escritorio como si necesitara sostenerse. Sus hombros están tensos, su camisa arrugada por el peso de tantas decisiones.

—¿Así que eso era todo? —pregunto, mi voz es baja, pero envenenada—. ¿Ni siquiera pensaste en hablarlo conmigo antes?

Él no responde al instante. Se limita a inhalar hondo, como si contara los segundos antes de explotar.

—No había nada que hablar —dice finalmente, sin mirarme—. Era la única salida.

—¿La única salida? —doy un paso al frente—. ¿Entonces decides casarte conmigo como si estuvieras salvando a una maldita empresa en bancarrota?

Ripley gira entonces, rápido, y me mira por fin. Sus ojos grises son hielo y fuego al mismo tiempo. Un torbellino contenido.

—No soy tu enemigo, Lyubushka.

—No, claro que no. Eres mi nuevo prometido. Qué conveniente. ¿Me vas a besar frente al altar con esa misma cara de funeral?

Él se mueve. En un segundo está frente a mí, tan cerca que puedo sentir el calor de su cuerpo irradiando como una amenaza dulce. Me observa con esa intensidad suya, la que siempre me ha hecho sentir desarmada.

—¿Eso quieres? ¿Un beso?

No le respondo. Lo odio. Lo odio por haberlo dicho frente a todos sin preguntarme. Por decidir por mí. Por no llorar la muerte de su hermano. Por hacerme sentir cosas que no quiero sentir.

—¿O quieres que finjamos que no hay nada entre nosotros?

—murmura, y su mano se eleva para tomarme por la mandíbula, con firmeza, sin brusquedad pero sin darme opción de apartarme—. Porque eso sería mentira, Violet. Y tú lo sabes.

Mi respiración se agita. Quiero empujarlo. Quiero gritarle. Pero no me muevo.

—No estamos hablando de deseo —susurro, desafiante—. Esto no es un juego, Ripley. Esto es mi vida.

—Y la estoy protegiendo —replica, más cerca—. Aunque tú no quieras verlo.

Sus labios están tan cerca de los míos que casi me quiebran. Mi cuerpo lo reconoce antes que mi mente. Me odia, pero lo desea. Siempre ha sido así. Un campo de guerra entre nosotros.

—¿Eso fue lo que prometiste a tu hermano? ¿Cuidar de su viuda de esta manera? —le lanzo el veneno, pero él no se inmuta.

Su mano baja, y se posa en mi cintura, apretándome contra su cuerpo. Siento su pecho duro contra el mío, su respiración rozando mi rostro.

—No te atrevas a usarlo a él para justificar tu miedo —me dice en voz baja, ronca, peligrosa—. No soy él. Nunca lo fui. Pero siempre... *siempre*, te vi.

Me besa.

No hay ternura en ese beso. Es hambre, rabia, castigo. Sus labios me invaden como si intentara borrar el tiempo perdido, los silencios, los reproches. Y yo lo devuelvo. Porque también estoy hecha trizas, y odiarlo es más fácil que amarlo.

Su mano sube por mi espalda desnuda, por el vestido elegante que ya no tiene sentido. Sus dedos trazan mi columna, su boca se apodera de la mía con una mezcla de necesidad y furia.

Nos separamos solo cuando falta el aire. Mi pecho sube y baja, mi cuerpo arde. Me aferro a su camisa arrugada, y lo miro con los ojos cargados de algo que no sé nombrar.

—No quiero esto —le digo con voz entrecortada.

—Lo sé —responde—. Pero me quieres a mí. Aunque te joda admitirlo.

Le doy una bofetada. Seca. Fuerte. Mi palma queda marcada en su mejilla.

Pero él no se inmuta. No me suelta. Sonríe apenas, con esa maldita arrogancia que me vuelve loca.

—Eso también lo extrañaba.

—Eres un cabrón —le escupo, y él me arrastra hacia sí de nuevo. —Un ladrón.

Ladrón de besos. Siempre me robaba besos cuando Fedor no estaba mirando. Me sorprendía en la cocina, en el jardín. Siempre, siempre ha sido él. Pero no así, no con mi corazón roto.

—Y tú eres mía, te guste o no.

Me vuelve a besar, con más furia que antes. Esta vez, no hay resistencia. Solo fuego.

Entonces lloro. Lloro en su pecho y lo siento a él también sacudirse.

—Llora, maldita sea—sollozo—llora conmigo, aunque sea una vez.

Y lo hace.

Y aunque odio cada una de sus decisiones, aunque su forma de protegerme me asfixia... me pierdo en él, porque es el único lugar donde no me siento sola.

Y porque, maldita sea, una parte de mí nunca dejó de pertenecerle.

CAPÍTULO 21

Violet

La música suena suave, casi como un susurro que se cuela por entre las paredes del salón. La luz es tenue, cálida, pero nada puede iluminar el torbellino que tengo en el pecho. Camino hacia Ripley, con el vestido ajustado que él eligió sin preguntarme, sintiendo el peso de todas las miradas clavadas en mí. Cada paso es una lucha entre lo que debo mostrar y lo que quisiera gritar.

Ripley está allí, al final del pasillo, impecable, serio. Su mirada no se encuentra con la mía, pero siento que me atraviesa. A nuestro alrededor, hombres con trajes caros, mujeres que nos observan con una mezcla de respeto, cálculo y curiosidad. Esta boda no es una celebración de amor. Es un pacto. Una alianza.

El Pakhan está presente, sentado en un lugar de honor, vigilando como un halcón. Isabella Sokolov a su lado, con esa sonrisa fría que nunca cambia.

Cuando llego a Ripley, él me toma la mano con fuerza, como si quisiera asegurarse de que estoy allí, real, conmigo. Mi corazón late tan fuerte que temo que lo escuche.

El sacerdote comienza con las formalidades, las palabras que ya sé de memoria, pero que hoy se sienten vacías, huecas.

—¿Aceptas, Violet, casarte con Ripley Romanov, para proteger a tu familia y a tu hijo, y para unir fuerzas en nombre del legado Romanov?

No puedo evitar mirarlo, buscando en sus ojos alguna señal de lo que está sintiendo. Pero Ripley mantiene su máscara impenetrable.

—Sí —respondo, con voz firme aunque mi cuerpo tiemble.

—¿Y tú, Ripley, aceptas a Violet como tu esposa, para protegerla y apoyarla, y para fortalecer tu posición en la bratva?

—Sí —contesta él, y finalmente sus ojos se encuentran con los míos. Por un instante, veo algo vulnerable, un destello que nadie más aquí ve.

Cuando nos dicen que podemos besarnos, el mundo se reduce a ese instante. Sus labios se posan sobre los míos, con una mezcla de posesión y necesidad. Es un beso que dice tanto sin palabras: promesas rotas, batallas internas, un amor que se niega a morir.

Los murmullos se levantan alrededor, pero nosotros solo estamos nosotros. Y aunque esto sea un matrimonio de conveniencia, sé que no será fácil separar lo que sentimos de lo que nos hacemos el uno al otro.

Cuando el beso termina, Ripley susurra contra mis labios:

—Esto es solo el principio.

Y yo sé que tiene razón. Porque esta boda no es un final. Es la guerra que apenas comienza.

...

La puerta de la habitación se cierra con un clic suave, dejando atrás el ruido, las miradas, las máscaras. Estamos solos, al fin. La luz es tenue, apenas una lámpara que dibuja sombras en las paredes. Ripley se acerca, lento, con esa determinación que siempre me desconcierta.

—No esperaba que la boda fuera tan... solemne —dice con una sonrisa que no llega a sus ojos.

Lo miro, desafiante, con el vestido todavía puesto, sintiendo el calor del sudor frío recorrer mi espalda.

—No fue una boda —replico—. Fue un anuncio de guerra.

Su mano se posa en mi cintura, y el contacto me quema la piel. Su tacto es firme, exigente, pero hay una vulnerabilidad en su gesto que me hace dudar.

—¿Y tú? ¿Estás lista para esta guerra? —pregunta, bajando la voz hasta que solo yo puedo oírlo.

Me acerco, el aliento se mezcla con el suyo, el espacio entre nosotros se vuelve un campo minado.

—No sé si quiero pelear contigo o a tu lado —confieso, con un tono que se mezcla entre el enojo y el deseo.

Mi vestido es desgarrado de mi cuerpo. Con urgencia, con odio, como si verme vestida de novia de esta manera, ante él, hasta ahora y no hace mucho tiempo, le doliera. Sé que le duele, porque tuvo que perder a su hermano para que esto pasara.

Ahora estoy desnuda, solo con mi ropa interior a juego color blanco. Blanco, como si de una virgen se tratara.

Ripley sonríe, y sin previo aviso, sus labios se posan sobre los míos. Es un beso lento, explorador, que me roba el aliento y la voluntad. Sus manos recorren mi espalda, suben por mis costados, buscando, reclamando.

—No tienes que decidir ahora —susurra contra mi boca—. Solo déjate venerar.

Mi cuerpo responde sin pensar. Lo necesito. Lo deseo. Aunque lo odie, aunque sepa que esto va a doler.

Sus manos se enredan en mi cabello, su boca devora la mía con una mezcla de furia y pasión contenida. Me lleva contra la pared, apoyándome con fuerza, haciéndome sentir pequeña y presa a la vez.

—Eres mía, Lyubushka —dice entre besos—. Aunque no quieras admitirlo.

Y en ese instante, con su cuerpo contra el mío, con su respiración mezclada con la mía, lo creo.

Ripley me sostiene con fuerza contra la pared, sus manos recorren mi cuerpo con una mezcla de urgencia y dominio. Sin previo aviso, desliza una mano hasta mi cintura con una precisión que me desarma, aparta mis bragas hacia un lado. No pierde ni un segundo.

Su lengua se desliza contra mi piel, cálida y provocadora, explorando cada rincón con una intensidad que me hace temblar de inmediato. Un escalofrío recorre mi cuerpo, y sin poder contenerlo, un grito ahogado se escapa de mis labios. Mis piernas se aflojan, como si estuvieran a punto de ceder, pero él me sostiene, firme, implacable.

Esto se siente bien. Tan bien que duele. Pero está mal, muy mal.

Porque sé que esto no es solo deseo. No es solo pasión. Es una batalla entre lo que quiero y lo que temo. Entre la necesidad de entregarme y el miedo de perderme.

Mientras sus dedos presionan suavemente contra mi piel, buscando y encontrando, su mirada se pierde en la mía, intensa, desafiante.

Acabamos de enterrar a su hermano, y ahora está entre mis piernas. ¿Qué clase de persona soy?

—No voy a dejar que te caigas —susurra, su voz ronca—. No hoy. No nunca.

Su promesa es una cadena y una salvación al mismo tiempo.

Y aunque esta guerra nos consume, en este momento solo somos nosotros, atrapados en un fuego que no podemos —ni queremos— apagar.

Ripley me sostiene firme, sin perder ni un segundo en sus movimientos. Sus labios siguen explorando mi piel, liberando mi cuerpo para él. Mi respiración se acelera, mis sentidos en alerta absoluta.

Con un gesto seguro y decidido, me rompe las bragas ahora, y sin perder tiempo, se levanta y me ve, es la viva imagen de la pasión si pudiera retratarla, algo duro y caliente se desliza con urgencia, provocando un temblor que recorre todo mi cuerpo. Un grito se escapa de mí, ahogado y vibrante, mientras mis piernas flaquean, y él no me deja caer. Su agarre es firme, sólido, como una promesa silenciosa de que no estoy sola en esto.

Luego, sin dejar de mirarme, con esa intensidad que siempre me derrite y me hiere al mismo tiempo, sus dedos se deslizan hacia mí, buscando mi clítoris. Quiere que me corra una y otra vez como esa noche, preparando el terreno, lento, preciso, casi ceremonioso. Cada caricia, cada movimiento es una combinación de cuidado y dominio.

Cuando finalmente se posiciona frente a mí, siento su calor, su poder, la promesa de posesión que no puedo ni quiero rechazar. Sin prisa pero sin pausa, penetra en mí, y gimo en respuesta, esta vez lleno de contradicciones: deseo, miedo, necesidad y una extraña mezcla de dolor y placer.

Nuestros cuerpos se funden, moviéndose al ritmo de una tensión antigua y profunda, marcada por el odio y el amor que nunca terminan de separarse. Sus manos me aprietan con firmeza mientras me guía, y yo me dejo llevar, aunque cada embate me recuerde que esto no es solo físico. Es mucho más. El mundo se reduce a ese instante, a ese contacto, a ese fuego que arde entre nosotros, tan intenso que parece capaz de quemarlo todo.

Y en verdad va a quemarse todo muy pronto.

CAPÍTULO 22

Violet

Aquella despedida de soltera
CLUB KRYPTA, Chicago.

Hay algo en el olor del pecado que me resulta más reconfortante que el incienso de las iglesias ortodoxas donde me obligaban a rezar desde que me adoptaron. Es como si el humo espeso de este club, mezclado con perfume caro, tabaco y deseo, me envolviera en una manta de libertad que nunca me perteneció del todo.

—¿Recuerdas cuando solíamos escapar de la mansión para venir a lugares así? —me dice Irina, sirviendo vodka como si fuera agua bendita. Su vestido es corto, rojo, y peligroso.

—Y terminábamos huyendo antes de que alguien nos reconociera —añado, con una sonrisa ladeada.

—Ahora nadie se atrevería a tocarnos —interviene Alina, con la mirada oscura, sosteniendo su copa como si fuera un arma. Su familia tiene más sangre en las manos que un matadero.

Y sin embargo, aquí estamos. Cinco princesas de la mafia, vestidas como pecadoras, celebrando la última noche de mi libertad.

Estoy por casarme con Fedor Romanov. Un trato político. Un matrimonio arreglado. No es malo... pero no es amor. Y ciertamente no quiero que él sea el primero en tocarme. Esa parte de mí es mía. Y si la voy a entregar, va a ser a quien yo elija. Alguien que no me mire como un trofeo o como una llave a la influencia.

Alguien como el desconocido que acaba de entrar.

No lo conozco. Y sin embargo, siento que su mirada me desnuda.

Es alto, demasiado alto. Viste de negro, con una camiseta ajustada que no intenta disimular lo que es: peligro. Poder. Músculo.

Y unos tatuajes que se asoman por su cuello, como serpientes hambrientas. Su cabello es desordenado, como si acabara de levantarse de una pelea... o de una cama. Pero es su mirada lo que me corta la respiración.

Me mira como si fuera la única razón por la que ha venido esta noche.

—¿Quién es ese? —pregunto sin pensar, mis palabras más una exhalación que una pregunta real.

Irina lo sigue con los ojos. Frunce el ceño.

—Un bastardo quizás.

—¿Bastardo?

—El perro de guerra de la Bratva seguramente, solo hay que verlo para saber que es peligroso.

Perfecto.

Miro mi copa. Vacía.

Lo veo caminar hacia la barra. El club entero parece inclinarse levemente cuando él se mueve. Como si todos supieran que su centro de gravedad ha cambiado.

Lo sigo. Mis piernas tiemblan, pero mi espalda está recta. Si voy a hacer esto, si voy a regalarle esta parte de mí a alguien, será bajo mis propias reglas.

Me apoyo contra la barra justo cuando él levanta la vista.

Nuestros ojos se encuentran. Él no sonríe. No dice nada. Pero su mandíbula se tensa.

—¿Vas a invitarme a un trago o solo vas a mirarme como si ya estuviera desnuda? —pregunto, con una ceja levantada.

Su voz es baja, ronca, con ese acento ruso cargado que me hace sentir cosas entre las piernas.

—¿Cuál es tu veneno?

—Tú dime.

Él pide algo al bartender sin apartar sus ojos de los míos. Cuando me pasa la copa, sus dedos rozan los míos. Siento un chispazo. Literalmente.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto, aunque no me interesa la respuesta, después de esta noche no lo volveré a ver.

—¿Cuál es el tuyo? —debí sospecharlo.

—Prometida.

Una sonrisa, apenas una línea torcida en sus labios.

—¿Prometida o tomada?

—No es lo mismo.

Silencio. Me lo bebe con la mirada.

—¿Y tu prometido sabe que estás aquí?

—Mi prometido no sabe muchas cosas. Como que no va a ser el primero que me toque.

Sonríe y luego pronuncia el nombre que no olvidaré jamás.

—Ripley.

Ripley se inclina. Sus labios rozan la piel bajo mi oreja sin tocarme realmente. Solo su aliento.

—Tampoco necesita saber quién fue el segundo.

Cierro los ojos. El calor sube por mi cuello, baja por mi espina. Todo en mí dice que corra. Pero mis pies no se mueven.

—Estoy buscando algo esta noche —le confieso, sin rodeos. La música suena lejana, como si el club se hubiese disuelto.

Él me mira. Espera. No pregunta. Pero sus ojos me exigen que lo diga.

—Quiero elegir esta noche, al menos esta noche. No quiero que sea por deber. No quiero que sea alguien que vea mi cuerpo como una extensión de mi apellido. Quiero esa libertad.

Ripley se acerca. Su mano toca mi cintura, como si necesitara confirmarme que soy real.

—¿Y quieres que sea yo quien te dé esa libertad?

—Quiero que seas alguien que me mire como si quisiera deshacerme, no reclamarme.

Y él lo hace.

Me mira como si estuviera a punto de arrodillarse entre mis piernas y hacer que me olvide hasta de mi nombre.

—Entonces salgamos de aquí —dice.

—¿Tan fácil?

—No. No será fácil. Pero sí será tuyo. Solo tuyo.

Santa mierda.

No digo nada. Lo tomo de la mano.

Y camino hacia la oscuridad con el hombre que va a enseñarme lo que significa ser tocada por deseo... y no por obligación.

HABITACIÓN 28 – HOTEL RUS, 2:43 A.M.

No hablamos en el trayecto.

Él conduce una moto negra como su sombra, y yo me aferro a su espalda, sintiendo el rugido del motor bajo mis muslos, vibrando como un secreto impaciente. Me hundo en su olor: cuero, pólvora, y algo tan masculino que duele.

Estoy temblando. No de miedo. De anticipación.

Cuando llegamos al hotel, subimos por el ascensor sin rozarnos. Solo nuestras respiraciones entrecortadas, el eco del deseo creciendo en silencio. La tarjeta magnética tiembla entre mis dedos cuando la paso por la cerradura. El clic suena más fuerte de lo normal. Como una promesa.

Sí, me ha dejado elegir el hotel.

Ripley entra primero. Mira la habitación con ojos de soldado. Cortinas cerradas. Luz tenue. Una cama demasiado grande para dos extraños.

Cierro la puerta detrás de mí. Me apoyo en ella.

—Puedes irte ahora si quieres —dice, sin mirarme. Su voz es control. Pero su cuello, tensado, delata que está tan cerca del borde como yo.

—¿Y si no quiero?

Entonces se gira.

Y por un momento, no dice nada. Me mira de arriba abajo como si se estuviera memorizando cada rincón de mi cuerpo. Como si estuviera estudiando una obra de arte que sabe que va a destruir.

Y esos ojos tan hermosos y grises, barba incipiente, cabello sedoso, tiene que serlo, lo comprobaré mas tarde y esa mandíbula,

tan apretada.

¿Acaso él no quiere lo mismo? Es lo que todos quieren, pero esta noche yo tengo el control.

—No eres para una noche, Lyubushka. —murmura, apenas audible.

Lyubushka.

—Entonces haz que esta noche valga por todas las que no tendré contigo.

Eso es todo. Esa es la llave.

Ripley avanza hacia mí. Paso a paso. Sin apuro. Como un cazador que ya sabe que su presa se ha rendido.

Cuando está frente a mí, no me toca. Me observa. Me escanea como si pudiera ver más allá de mi ropa, de mi piel, de mis máscaras.

—¿Es tu primera vez? —pregunta, despacio.

Asiento.

—Y quiero que sea mía. No de él. No de nadie más.

Un silencio. Un latido. Luego, su mano toca mi mejilla con una ternura que no esperaba de alguien como él.

—Te voy a tocar como si el mundo fuera a acabarse —dice—. Pero si me pides que me detenga, lo haré. Aunque me esté muriendo por dentro.

Mi voz tiembla, pero es firme.

—No te detengas.

Él me besa.

No como un amante. Como una tormenta.

Su boca se apodera de la mía con una mezcla de hambre y reverencia. Como si supiera que estoy hecha de cristales rotos y no quiere cortarse... pero igual lo hace. Su lengua danza con la mía, y yo me derrito contra su pecho, sintiendo su dureza, su peso, su maldita presencia.

Sus manos bajan por mi espalda, despacio. Como si deshiciera un hechizo.

Me quita el abrigo. El vestido. Las medias. Cada prenda cae como si fuera una decisión que no me pertenece ya. Y sin embargo, soy yo quien lo elige.

Cuando estoy desnuda frente a él, vulnerable y desafiante a la vez, Ripley da un paso atrás. Me mira como si me hubiera imaginado tantas veces y ahora no pudiera creer que soy real.

—Dime que estás segura —dice.

—Estoy segura de ti, Ripley. Eres todo un caballero.

Entonces me levanta. Literalmente. Sus brazos me envuelven como si no pesara nada. Me lleva hasta la cama, me tumba como si me estuviera ofreciendo a los dioses... y él fuera el único capaz de tocarme sin profanar.

El resto se vuelve un borrón de sensaciones.

Su boca en mi cuello.

Sus dedos deslizándose entre mis muslos.

Su voz ronca diciéndome cosas en ruso que entiendo y que me hacen temblar.

Cuando finalmente entra en mí, lo hace despacio. Me sostiene la mirada. No permite que mire a otro lado. No me deja escapar del momento. Me llena con una paciencia reverente, como si supiera que está entrando en un lugar sagrado.

Y duele. Pero también sana. Porque por primera vez, esto es mío.

—Tan jodidamente perfecta... —murmura contra mis labios, mientras se mueve dentro de mí con una mezcla de fuego y control.

Gimo. Lloro un poco. Él Ríe un poco. Me besa más fuerte.

Y cuando llego al clímax, gritando su nombre como si fuera la única palabra que valiera la pena aprender, él me sigue. Con un rugido ahogado, enterrando su rostro en mi cuello, como si pudiera esconderse del mundo justo ahí, en mi piel.

Después, no dice nada.

Solo me envuelve con su cuerpo. Me acaricia el cabello. Me murmura en ruso algo que suena a poesía maldita.

Y yo... yo me duermo pensando que si el pecado sabe así, no quiero nunca volver al paraíso.

MAÑANA SIGUIENTE

Me despierta la ausencia.

No es el ruido de la calle, ni la luz filtrándose por la cortina corrida a medias. Es el vacío. Ese espacio frío en la cama donde debería haber un cuerpo grande, caliente, que me sostuviera como anoche.

Pero no está.

Me incorporo lentamente. El cuerpo me duele en lugares donde antes solo había promesas sin cumplir. Me abrazo las piernas. Todavía puedo olerlo en las sábanas. Tabaco. Piel. Sexo.

Ripley.

—¿Ripley? —mi voz es apenas un susurro, más para mí que para alguien que ya no está.

Miro alrededor. La chaqueta de cuero ya no cuelga de la silla. La copa medio vacía del minibar ha desaparecido. El único rastro de que estuvo aquí... soy yo.

Y la nota.

Está sobre la almohada, donde su cabeza descansó anoche. Papel grueso, letra firme, negra como su voz.

La tomo con dedos temblorosos. La abro.

No soy un hombre que pueda quedarme, princesa.

No con tus enemigos. No con los míos.

Pero te juro que jamás olvidaré cómo supiste arder.

—R.

Eso es todo.

Ni una promesa vacía. Ni una excusa. Solo la brutal honestidad de alguien que nunca fue mío, pero que me vio como nadie más lo ha hecho jamás.

Me recuesto otra vez, con la nota entre los dedos,
apretándola contra el pecho. Y por primera vez desde que me
comprometieron con Fedor Romanov, lloro de verdad.

No por Ripley. No por la despedida. Sino porque ya no soy la
misma.

Y en dos semanas me vestiré de blanco para casarme con un
hombre al que nunca podré mirar sin pensar en otro que me tocó
como si yo fuera su religión secreta.

CAPÍTULO 23

Ripley

Diez años despues

Han pasado diez años. Diez años en los que todo cambió y, sin embargo, nada terminó de resolverse.

Diez años han pasado desde la noche de nuestra boda. Diez años desde que marqué su cuerpo con mi nombre y su alma con mi silencio. Esa noche le hice el amor como si el mundo fuera a acabarse, y le di a nuestro primer hijo sin saberlo. Anton, que llegó con el invierno y con su llanto cambió para siempre todo lo que yo era.

Y después vino Konstantin, un año más tarde, con la misma mirada oscura que mi hermano llevaba en la sangre.

Los enemigos no han dejado de crecer, de acechar en las sombras. La guerra nunca termina, solo cambia de forma. Y Bear... Bear sigue creciendo, fuerte, indómito. Es un chico rebelde, con una voluntad de hierro que me recuerda a mí cuando era joven, a su padre antes que yo. Pero él me odia. Lo sé. Lo siento en cada mirada esquiva, en cada palabra afilada que me lanza sin piedad.

Después de reclamar a su madre como mi esposa, dejé atrás al *tío Rip*. Me he convertido solo en Ripley para él. Quiere a sus hermanos, los protege, pero también los corrompe, pero es el mundo, es nuestro mundo.

Ahora soy Ripley, el médico de la Bratva, me aparté del peligro, de cuidar la espalda de alguien desde que mi hermano murió. El Pakhan puede cuidarse solo, no me necesitan. El hombre que carga con una familia, con un imperio y con un legado que no puede fallar. Ese soy yo.

Estoy aplanando el territorio para que Bear tome el cargo algún día. Es lo que Fedor quería, es lo que se espera. Pero él se rehusa a tomarlo. No está listo.

No culpo a Bear por odiarme. Quizás algún día lo entenderá.

Recuerdo aquellas noches en que él se encerraba en su habitación, alejándose de mí y de Violet, como si pudiera escapar del peso de nuestro mundo. Intenté acercarme, sin saber cómo. Intenté ser el padre que él necesitaba, no solo el jefe de la casa que exige respeto. Pero las heridas eran profundas, y el silencio más fuerte que cualquier palabra.

Konstantin, en cambio, es diferente. Menos temperamental, más abierto. Pero slo es un niño, esa bomba explotará algún día. Tal vez porque llegó cuando la tormenta ya era un poco más calmada. O tal vez porque, a pesar de todo, Violet y yo hemos aprendido a navegar esta vida a golpes, pero juntos.

Aquella noche, la noche de nuestra boda, fue también el inicio de una vida que nunca sería sencilla. Porque no existe el paraíso para quienes llevan la sangre y el poder en sus venas. Solo hay territorios ganados y perdidos, amores arrancados y reconstruidos, y una familia que se sostiene a pesar de todo.

Ahora, cuando Anton se niega a mirarme a los ojos, dice que cuando cumpla los dieciocho se unirá al ejercito, y Konstantin me sonríe con esa inocencia que sé que perderá algún día, pienso en cuánto he cambiado y en cuánto me falta por cambiar. En cuánto quiero ser mejor para ellos, aunque el hombre que soy se niegue a bajar la guardia.

Y en esas noches, cuando la casa está en silencio y Violet duerme junto a mí, me pregunto si algún día podremos encontrar un momento de paz, sin la sombra de la bratva, sin el peso del pasado.

Pero hasta entonces, seguiré siendo Ripley. El hombre que los protegerá a todos, incluso cuando eso signifique ser odiado.

Violet Romanov. Sigue siendo hermosa y lo mejor, mía.

Pero la paz, si alguna vez la tuvimos, fue solo un espejismo.

Mi mente regresa a Bear... Bear sigue creciendo. Y no ha sido fácil. Es rebelde, testarudo, impulsivo. Un niño con cicatrices en el pecho que no se ven, pero que se sienten cada vez que me lanza

una mirada como si quisiera matarme. Lo entiendo. Aunque me duela.

Esta noche lo escucho desde el pasillo. La voz retumba con furia desde el salón.

—¡No me hables como si fuera mi padre! —grita Bear—. ¡No es mi padre!

Me congelo. Violet está con él. Su tono es firme, pero herido.

—Soy tu madre —responde ella con voz tensa—. Y él es mi esposo. Merece tu respeto.

—¿Respeto? ¿Por qué? ¿Porque lo elegiste a él? ¿Porque le diste hijos como si mi padre nunca hubiera existido?

Eso es suficiente.

Entro. La puerta se abre con fuerza y el silencio es inmediato.

Bear me mira con el rostro rojo, los ojos cargados de rabia. Violet me lanza una mirada de advertencia, pero estoy más allá de contenerme.

—Cuida tus palabras, chico.

—¿O qué? —replica él—. ¿Me vas a pegar?

Mi mandíbula se tensa. Camino hacia él sin prisas, hasta estar a un paso. No lo toco. Solo bajo la voz.

—No. No voy a tocarte. Pero si vuelves a faltarle el respeto a tu madre, te juro que no serás tú el que sufra. Seré yo. Porque verla llorar por tu culpa... me parte más que cualquier bala que haya recibido en mi vida.

Bear frunce el ceño. Se quiebra un poco. Lo noto. Es como ver una grieta abrirse en una pared que lleva años levantada.

—No lo entiendes... —murmura—. Yo recuerdo a mi papá. Y tú solo llegaste y... la llenaste de hijos. De ti.

Mis labios tiemblan, pero no por rabia. Por dolor.

—Yo no llegué a llenar nada, Bear. Yo llegué a protegerlos. Y a amar a tu madre cuando ya nadie se atrevía a tocarla. No pedí reemplazar a tu padre. Solo he intentado que tú nunca te sintieras solo. Pero has elegido odiarme, y aún así... sigo aquí. Porque ella me eligió. Y porque tú, aunque no quieras, eres mío también. Tienes mi sangre también corriendo por tus venas.

Violet da un paso al frente, su voz firme.

—Tu padre dio la vida por ti. Ripley ha dado la suya cada día para que sigas vivo. Algún día lo entenderás, Bear. Pero no cuando lo odies. Solo cuando decidas ver.

Bear no responde. Solo se va. Subiendo las escaleras con los puños cerrados.

Cuando se pierde de vista, me giro hacia Violet.

—¿Estoy haciendo todo mal? —le pregunto en voz baja.

Ella se acerca. Se estira, pone su frente contra mi pecho. Me rodea con los brazos.

—No, Ripley. Lo estás haciendo mejor que nadie podría. Solo... ten paciencia con él. Él está hecho de guerra, igual que tú. Solo que aún no entiende por qué.

Le acaricio el cabello. Huele a hogar, a nosotros.

—Por ti, siempre la tendré.

Y la beso. Despacio. Como si cada día fuera la primera vez. Como si no hubiera dolor en el mundo que no pudiéramos tragarnos juntos.

CAPÍTULO 24

Ripley

Diez años despues

A veces, cuando la casa se queda en silencio, me sorprende recordando lo que fuimos. Las cicatrices de los años siguen abiertas, algunas, otras se cerraron con fuego y tiempo. Pero esta familia... sigue de pie.

Anton, ya no es un niño. Está en el ejército, justo donde él quería estar. Justo donde Violet no quería que estuviera. Pero lo respetamos. Porque se lo ganó. Porque entrenó como un soldado, peleó como un hombre, y se alejó como un Romanov.

No me abraza cuando regresa a casa. Han jodido su cabeza y lo hemos sacado de ahí. Dice que está bien, pero lo escuchamos gritar en las noches. Dice que está bien, pero no me mira a los ojos. Me habla como un igual. Y eso, viniendo de él, es más que suficiente.

Hoy es un día de esos.

Cruza la puerta con las mentiras en su rostro, la mirada más dura que la mía. Violet llora apenas lo ve, y él se deja abrazar sin decir una palabra. Yo solo lo observo desde la sombra del pasillo, los brazos cruzados.

Me mira. Y aunque su expresión no cambia, asiente una sola vez.

Respeto. Silencioso. Ganado con sangre.

—Papá —dice. No con burla. Con disciplina. Fingiendo.

Eso es nuevo.

—Hijo—respondo.

Y eso es todo. El saludo de dos hombres que ya no necesitan perdonarse porque aprendieron a vivir con el peso del pasado. Pero

el que me preocupa ahora... es el menor.

Konstantin. Kostya.

Diecisiete y ya le tiene sin cuidado el miedo. Es veloz, agudo, aprende todo lo que no debería saber. No porque lo escuche, sino porque lo intuye. Es un arma. Mi arma. Y también... mi amenaza.

Esta tarde, lo encuentro en el patio con un cuchillo de combate. No uno de entrenamiento. Uno real. Lo sostiene con una destreza que ningún chico de su edad debería tener.

—¿De dónde lo sacaste? —le pregunto.

Me mira con esos ojos grises que heredó de su madre, pero vacíos como los de un soldado antes del primer disparo.

—Del cajón de Anton o de Bear, ya no me acuerdo.

—¿Y para qué lo querías?

—Por si alguien viene a matarte, papá. Alguien va a hacerlo algún día, ¿no?

Siento un puñal en el pecho. No por el miedo. Sino por la verdad en sus palabras.

—¿Y tú qué harías si alguien viene?

Sonríe. Lenta. Despiadadamente.

—Lo mato primero.

Este chico no teme. No sueña. No se apegas. Él no quiere ser protegido. Quiere proteger. Como si su infancia ya se la hubieran robado sin que nos diéramos cuenta.

Violet dice que es solo una fase. Que está buscando su lugar. Pero yo lo veo por lo que es: un soldado antes de tiempo. Una chispa que si no se controla, va a prender fuego a todo.

Esa noche, cuando ya todos duermen, me siento al borde de nuestra cama. Violet se despierta y me toca la espalda.

—¿Qué te preocupa?

—Kostya.

—¿Qué hizo ahora?

—Nada. Eso es lo peor. No hizo nada y ya lo dijo todo.

Ella se sienta detrás de mí, envuelve sus brazos alrededor de mi torso. Su abrazo sigue siendo el único lugar donde puedo respirar sin miedo.

—Lo estás criando tú, Ripley. Y tú no eres un monstruo.

—A veces siento que sí.

—No lo eres —susurra—. Solo tienes demasiados fantasmas y una casa llena de herederos con fuego en las venas.

Le tomo la mano y la beso.

—¿Y tú? ¿No tienes fuego?

—Yo solo tengo amor por ustedes. Lo demás... lo aprendí a quemar por dentro.

La miro. Dios, cómo la amo. A pesar de todo. Por encima de todo. Le he dado un imperio... y le he fallado tanto. Pero ella sigue aquí.

Firme. Fuerte. Mía.

Fuerte. A veces no lo es, a veces se apaga y ninguno de los hombres de esta casa sabe que hacer.

—No sé si podemos salvarlo —le digo.

—No tienes que salvarlo tú —responde—. Solo no lo sueltes.

Y con eso, me acuesto junto a ella. El mundo allá afuera sigue esperando. Pero en esta cama, en esta noche... todavía tengo lo que más vale.

Una familia.

Una guerra eterna.

Y el único amor que me sostiene.

CAPÍTULO 25

Ripley

Violet había cocinado. O eso dice ella. En realidad, lo hizo Stella, pero nadie osa contradecirla cuando entra al comedor con ese delantal y la mirada de “yo mando aquí”.

—Si alguien dice que sabe mejor en otro lado, lo mato —dice, y deja la fuente de cordero en el centro de la mesa.

—Amor eterno —respondo desde el extremo de la mesa, sonriendo apenas, con un vaso de whisky en la mano.

—¿Por el cordero? —pregunta Bear con ironía, sirviéndose papas.

—No, por sobrevivir a tu madre.

Todos ríen. Incluso Bear, aunque solo un poco. Su sonrisa es fugaz, como un eclipse.

El más serio. El más letal. El que lleva el alma cubierta de placas de acero.

Kostya, en cambio, está echado hacia atrás, con una servilleta colgándole del cuello como si fuera una capa.

—He regresado de los muertos para cenar con ustedes, familia —declama Anton, haciendo una reverencia exagerada.

—Cállate, idiota —gruñe Bear, dándole un golpe seco en la cabeza.

—¡Agresión familiar! ¡Madre, haz algo! —dramatiza Kostya, pero está muerto de risa.

Violet le lanza una papa a nuestro hijo menor, con puntería quirúrgica.

—Respeto al mayor.

—¡Si me respeta él a mí primero! —Kostya finge ofensa—. Me llama sombra, pero ni siquiera me lleva a las reuniones buenas.

—Te llevo a todas las que vales la pena, malcriado —le contesta Bear con calma.

—Ajá. O sea ninguna.

—¡Kostya! —gruño, ahora sí levantando la voz—. Agradece que estás vivo.

Kostya alza las manos.

—Agradezco a la madre que me parió y al hombre que me dio genes de caos —dice, guiñándole un ojo a Violet y luego mirándose con esa sonrisa torcida.

Me le quedo mirándolo un segundo. Ese chico... ese maldito chico.

Una tormenta con piernas.

Pero su tormenta.

—¿Sabes qué harías si gobernaras la bratva? —pregunta Anton con tono seco.

—¿Reformar la contabilidad? —lanza Kostya, haciendo reír a Violet—. ¿Ponerle nombres sexys a las operaciones?

—Matarías a media ciudad por aburrimiento.

—Entonces gobernaría la otra mitad en paz —responde sin inmutarse.

Bear traga un bocado y lo observa. Luego clava el tenedor en el plato como si marcara territorio.

—Cuando estés listo, me seguirás a donde te diga. Hasta ahora, no me has demostrado que eres más que palabras.

Kostya se queda en silencio. Por un segundo.

Luego se levanta, empuja la silla hacia atrás, y camina hasta donde está Bear.

Ambos se miran.

Cara a cara.

Frente a frente.

El heredero de las sombras, y su sombra personal.

—¿Cuándo y dónde? —le dice Kostya, firme, sin ironía esta vez.

—Mañana. Cinco a.m. Campo Romanov.

—Llevaré mi mejor navaja.

—Lleva dos. Vas a sangrar.

Anton los observa. No interfiere.

No es su trabajo impedirlo. Es su trabajo asegurarse de que ambos sobrevivan.

Y lo harán. Porque aunque sean fuego y dinamita, son familia.

—¿Van a pelear o a besarse? —dice Violet, sacando el postre.

—¡Mamá! —responden los dos al unísono, repugnados. Y yo me río.

—Lo digo porque si van a matarse, que sea después del pastel —insiste, repartiendo platos como si nada.

Anton sonríe, al fin.

Esa es su familia. Un soldado con el alma endurecida. Un loco con la sangre en ebullición.

Y una mujer que los gobierna a todos con un tenedor en la mano.

Y sí... si alguien toca a uno de ellos, los tres quemarían el mundo. La mesa está puesta como en los viejos tiempos, aunque ya nada es como antes. Hay velas encendidas, mantel bordado a mano —detalle de Violet, como siempre—, y una botella de vodka añejo al centro, que nadie ha tocado aún.

Violet se va de nuevo a la cocina y regresa con una fuente en las manos y su andar de reina que no necesita coronas.

—Si alguien dice que sabe mejor en otro lado, lo mato. Lo juro.

—¿Tú cocinaste? —pregunta Kostya, alzando una ceja—. ¿Y la chef francesa del otro día? ¿La amordazaste en el sótano?

—Me pidió vacaciones. Le dije que si respiraba una palabra, le rompía los dedos —responde Violet sin perder la sonrisa.

Nunca hemos tenido un chef. Ella solo está jugando y Stella se mantiene en la cocina, pero desde aquí la escucho reír.

—Mi mujer —murmuro, mirándola como si fuera la única cosa hermosa en una vida de sangre.

Bear asiente. Frío como siempre, pero con los labios curvados en una sonrisa breve.

Está en casa, pero su cabeza nunca está del todo aquí. Desde que trabaja como soldado directo de Sergei, su mirada se parece a la de su padre biológico: un abismo donde nadie entra.

—¿Me sirves cordero postre? —pregunto desde la cabecera.

Tengo hambre.

—Lo que quieras, pero si haces un solo chiste sobre el condimento, duermes en el sofá —me lanza Violet, cortándome un trozo de cordero.

—¿Sofá? En esta casa no hay sofás malos.

—Precisamente —me responde, pasándome el plato.

Kostya ya está con su plato lleno y Anton también.

—Familia Romanov: primera línea de defensa, últimos en modales —declama su madre.

—Idiotas —dice Bear, dándoles un coscorrón seco.

—¡Abuso militar! —grita Kostya, sobándose teatralmente—. ¡Voy a reportarte con mamá!

—Vas a reportarte con el demonio si no dejas de joder —murmura Bear, bebiendo de su copa.

Yo solo los observo. Orgullosos. Aunque no diga nada, se le nota en los ojos, Violet también se da cuenta. Hoy es un buen día en familia.

—Estás disfrutando esto —le dice Violet, sentándose a mi lado por fin.

—No todos los días tengo a mis tres armas reunidas —respondo.

Kostya alza su copa vacía como si brindara.

—Por el crimen, la familia y las cicatrices emocionales que heredaremos a nuestros hijos.

—Tú no tendrás hijos —le dice Bear—. Nadie te soportaría más de diez minutos.

—¿Qué?! ¡Las chicas me aman!

—Las chicas no saben que duermes con una navaja bajo la almohada y un dron en otra.—se burla.

Todos reímos, es cierto. Anton y Kostya son buenos con la tecnología.

—Yo los vi nacer a todos —murmura Violet, mirándolos con ese tono entre nostalgia y fuerza que le sale tan natural—. Y nunca me imaginé esto.

—¿Qué? ¿Una cena con mafiosos y cuchillos en la mesa? —pregunta Kostya.

—No —sonríe ella—. Una cena donde no estuviera preocupada de que murieran esa noche.

El silencio cae por un segundo.

Luego yo extiendo mi mano por debajo de la mesa y le aprieta los dedos.

Ella no me mira. Pero aprieta de vuelta.

Tuvo una crisis el mes pasado y prometió una comida en familia, muchas de hecho, así que estas bromas y risas de parte de mis hijos, es a propósito, sé que solo quieren hacerla reír.

Después de la comida, se quedan con el postre. Violet ha hecho pastel de tres chocolates.

—Mi muerte será dulce —dice Kostya con la boca llena—. Si muero esta noche, sabrán que fui feliz.

—Si mueres esta noche, será porque yo te maté —responde Anton, limpiándose la boca con la servilleta.

—Eso dice en mi testamento.

Me pongo de pie, toma mi copa, y doy unos pasos hacia la ventana que da al patio. Miro las luces que adornan todas las rosas de ahí afuera, rojas como la sangre. Dejé de sembrarlas, pero Bear ahora lo hace por mí, cree que no lo sé. No sé por qué las ama tanto, sé que no es por su madre.

Más allá está la ciudad. La misma ciudad que han protegido, quemado, reconstruido una y otra vez.

—Ustedes tres... son lo mejor y mi única pesadilla. —digo, llamando la atención de todos en la mesa.

Kostya levanta una ceja.

—¿Y mamá?

—Tu madre es lo que me salvó. Ustedes son lo que me mantiene despierto por las noches.

—Qué romántico —murmura Bear, sin sarcasmo.

—¿Y qué sigue? —pregunta Violet, recargándose en la silla.

—¿Para quién? —pregunto.

—Para nosotros.

—Tú y yo miramos. Ellos gobiernan —respondo—. Bear con la cabeza. Kostya con la cuchilla.

—¿Y Anton? —pregunta Violet.

—Anton lleva la disciplina. Él es el equilibrio entre estos dos.

—Ah, sí. El chico perfecto —dice Kostya, fingiendo celos—. El que tiene una rutina, un horario, y no va por ahí incendiando autos de enemigos por diversión.

—Una vez —aclarar Bear, apuntándolo con el tenedor—. Una. Vez.

—Y fue épico.

Me río. No maneja bien lo que siente, lo puedo ver. Pobre de la mujer de la que se enamora, porque sé que lo hará. Los tres estarán bien jodidos cuando eso pase, incluso Kostya, siento que será el que más sufrirá por ello.

—Ya son más que hombres. Son el legado. Ustedes tres quemarían el mundo por esta familia. Y por eso no me preocupo. No por mí. Por ella —digo, señalando a mi mujer.

Los tres la miran.

Y en ese momento, se entienden sin palabras.

Pueden tener armas. Pueden tener poder.

Pero ella es el corazón de todo.

Violet sonríe. Suave. Letal. Hermosa.

—Ahora, ¿quién lava los platos?

—¡Mamá, somos mafiosos! —protesta Kostya.

—Y por eso mismo, no me asustan tus amenazas.

Todos se levantan. Yo paso mi brazo por la cintura de Violet.

—Yo lavo contigo.

—Sabía que había esperanza en este mundo.

Kostya mira a Bear y suspira.

—Al menos no cocinó pescado esta vez.

—Todavía puede envenenarte —le advierte Anton, saliendo de la habitación.

Y juntos, como una familia perfectamente disfuncional, poderosa y letal, los Romanov continúan su noche.

EPÍLOGO

Violet

Ocho años después

Han pasado ocho años y esta casa sigue siendo nuestro refugio, nuestra fortaleza. La risa de los niños ya no llena la sala porque están todos arriba, dormidos, cada uno en la habitación de sus padres cuando vivían aún aquí. Anton y Kostya se fueron, pero Bear. Bear nunca ha querido abandonar este castillo, se quedó con Rose.

No puedo creer que ahora tenga nietos, el fruto de esta familia de fieras.

Yo estoy sentada en el sofá, rodeada de las mujeres que más respeto tengo en el mundo: Rose, la esposa de Bear; Milana, la de Anton; y Gema, la de Kostya. Cada una con su estilo, su historia, pero todas aquí, sosteniéndonos como solo una familia de mafiosos sabe hacerlo.

Kostya está en su salsa, como siempre. Hace poco se peleó con Rose por “dejar la cuchara sucia en el fregadero” y ahora se ríen como niños. Eso es Kostya: un hombre hecho y derecho, padre, pero con el alma de un bromista que se niega a crecer del todo.

Bear quien ha sido el Pakhan desde hace cuatro años, que conoce su lugar en el mundo, serio, concentrado, pero más relajado desde que Rose le puso un par de hijos que le han cambiado la vida. Le veo de vez en cuando soltar una sonrisa sin que se dé cuenta, cuando Milana o Gema le lanzan alguna broma pesada.

Anton es el equilibrio que siempre fue, responsable y firme. Con Milana tienen tres hijos que corren por la casa como pequeños tsunamis, y él, a veces, parece más padre que soldado, aunque no deja de ser un Romanov con sangre caliente.

Gema, esposa de Kostya, es una fuerza de la naturaleza. Paciente con su marido, aunque sabe que cada día con Kostya es una mezcla entre una película de acción y una comedia negra.

—¿Saben que Kostya sigue haciendo esos chistes malos? —le digo a las nueras mientras nos servimos té.

—¡Y que no para! —se ríe Rose—. Ayer me dijo que la clave para la paz mundial es regalarles navajas a los diplomáticos.

—A lo mejor no está tan mal la idea —bromeo.

Las tres se ríen. La confianza que tenemos entre nosotras es el pegamento que mantiene unido este caos.

Desde la puerta, Kostya asoma la cabeza, sonriendo como un niño travieso.

—¿Qué hacen? —pregunta con esa voz que solo él sabe usar, entre burlona y dramática.

—Envejecer, Kostya —responde Milana—. Algo que a ti te queda grande.

El finge indignación y se acerca con paso teatral.

—Algún día aprenderé a ser aburrido. Algún día.

Bear entra en la sala, con pasos firmes y esa mirada que podría helar a cualquiera.

—¿Están conspirando? —pregunta seco, pero con esa chispa de humor que solo yo sé que tiene.

—Solo planificando cómo sorprenderte con la cena — responde Rose con una sonrisa pícaro.

Bear sacude la cabeza, y se sienta a nuestro lado, dejando caer la corbata.

—Por favor, que sea algo comestible esta vez —murmura.

La conversación fluye entre risas, recuerdos y planes. No hablamos de la bratva en detalles, pero la tensión siempre está ahí, un bajo continuo que marca cada palabra, cada gesto.

Miro a mi marido, que sigue siendo igual de caliente como la primera vez que lo vi entrar en ese club. Miro a mis hijos y sus esposas. A los nietos dormidos arriba, en sus cunas y camas. Esta familia no es perfecta, ni mucho menos, pero es nuestra. Forjada en fuego y lealtad.

Kostya levanta su taza de té en un brindis improvisado.

—Somos Romanov. Que sigamos siendo un dolor de cabeza para todos los que nos quieren ver caer.

Todos levantamos nuestras tazas y vasos.

—Por la familia —digo yo, con el corazón lleno y la mirada fija en ese legado que, a pesar de todo, sigo amando más que a nada.

BEAR

La sala está cargada de ese olor familiar a madera vieja y tabaco suave. Estamos todos aquí, la familia completa, en ese espacio que ha visto nuestras victorias y nuestras caídas. Violet, mi madre, está sentada con sus nueras: mi mujer; Rose, Milana y Gema, que se ríen y charlan como si la noche fuera solo para ellas. Pero sé que esa fortaleza que veo en sus miradas es la misma que sostiene la organización y la familia.

Kostya aparece con esa sonrisa suya de “aquí estoy para romper el hielo”, y la tensión se disuelve un poco, aunque nunca desaparece del todo. Anton, como siempre, es la voz de la razón, y en esos momentos, cuando los tres estamos juntos, se siente que podemos con todo.

Kostya me lanza una broma y no puedo evitar esbozar una sonrisa.

—¿Otra vez con tus chistes malos? —le digo.

—Hey, alguien tiene que alegrar este lugar —responde él con descaro.

Anton se ríe y añade:

—Al menos hace que la noche sea menos aburrida. Aunque a veces quisiera que dejaras de jugar a ser el comediante y te pusieras serio.

Kostya pone los ojos en blanco.

—¿Serio yo? Nunca.

Ripley se sienta a mi lado y susurra:

—Cuida a estos dos, son una bomba de tiempo.

Le doy un golpe leve en el brazo.

—Alguien tiene que hacerlo.

Levanto mi vaso y digo firme:

—Por la familia.

Sé que para Ripley ser parte de esto es un sacrificio enorme, pero también sé que está dispuesto a luchar por nosotros hasta el final. La familia es todo.

ANTON

Estoy en la sala, entre risas y bromas, pero con la mente siempre alerta. La familia Romanov no es solo un nombre, es una carga que llevo en los hombros. Mi madre, Violet, está rodeada de sus nueras, cada una de ellas una fuerza silenciosa que sostiene la estructura que hemos construido.

Kostya está haciendo de las suyas, como siempre, pero hay algo en esa locura que me hace sentir vivo. Bear está serio, concentrado, pero noto en sus ojos que aprecia estos momentos, aunque no lo diga.

Kostya no pierde ocasión para soltar una broma, y Bear, aunque serio, no puede evitar reaccionar.

—¿De verdad tienes que decir eso en medio de la reunión? —le suelto a Kostya cuando lanza otra de sus ocurrencias.

—Vamos, Anton, relaja un poco el nudo en la corbata —me responde con una sonrisa.

Mi padre está callado, pero su mirada recorre la sala con la vigilancia de un lobo que protege su manada.

Escucho cuando mi padre le dice a Bear que cuide a los dos y no puedo evitar pensar que, a pesar de todo, ellos entienden más de familia que nadie.

Kostya levanta su vaso y dice otro brindis:

—Por esta familia, que aunque a veces parezca un circo, es el mejor lugar para estar.

Yo asiento y levanto mi copa:

—Que sigamos juntos, pase lo que pase.

Este mundo es peligroso, pero aquí, entre risas y silencios, siento que estamos listos para lo que venga.

KOSTYA

Aquí estoy, en medio de esta locura que llamamos familia. Mi madre está impecable, como siempre, y rodeada de sus nueras que han aprendido a aguantarme —con mucha paciencia—.

En especial a mi mujer, mi vida entera y madre de mis hijos, hijos, sí, pienso llenarla de hijos como sea posible. No soy aburrido como mis hermanos.

Bear, con su cara de culo curtido, está quitándose la corbata, y sé que aunque parezca frío, le gusta estar aquí. Anton, el aburrido soldado, está sentado al lado, casi siempre el que pone orden. O eso cree.

Llego con una sonrisa y suelto:
—¿Saben que si alguien aguanta este lío soy yo? Porque soy el único que sabe cómo manejarlos a los dos.

Bear me mira y responde:
—Más te vale, Kostya. Porque si no, no sé quién lo hará.

Anton interviene, divertido:
—Eso suena a amenaza, hermano.

Mi padre se sienta con nosotros, silencioso, pero sé que está atento a cada palabra, a cada gesto.

Le tiro una mirada cómplice.
—¿Ves? Aquí no se descansa nunca.

Mi padre solo sonríe, y es en ese momento cuando levanto mi vaso y digo con firmeza, la tercera es la vencida, siempre digo. Mi tercer brindis:

—Por los Romanov. Por mi madre, por padre, y por todos nosotros. Que sigamos siendo el dolor de cabeza que este mundo merece.

Todos levantan sus vasos y la tensión se disuelve en ese instante de unión.

RIPLEY

La noche se extiende ante nosotros, fría y silenciosa, como un manto que cubre cada error, cada lucha que hemos vivido. Estamos en la terraza, con la ciudad a nuestros pies y el aire cortante que hace que el calor de mi abrigo no sea suficiente para calentar la piel.

Bear está ahí, quieto, con los brazos cruzados y la mandíbula apretada. Miro sus ojos, esos mismos que me miraron con odio cuando era un niño, cuando perdió a su padre y me culpó a mí, a mí que solo trataba de sostenerlo, de protegerlo de un mundo demasiado cruel.

Él no habla. Se limita a respirar hondo, a tragar esa rabia contenida que siempre fue su escudo.

Incluso ahora que es padre, ha envejecido, pero yo he envejecido más.

—¿Por qué estamos aquí, Bear? —rompo el silencio, mi voz ronca pero firme—. ¿Qué quieres decirme?

Sus ojos se clavan en los míos, duros como el acero templado, pero con un brillo que no había visto en años. Da un paso adelante y se acerca lo suficiente para que sienta su aliento, para que sepa que ya no es ese niño que me odiaba sin razones, aunque sus razones eran muchas.

—Ripley... —comienza, con una voz que parece luchar contra sí misma—, no es fácil para mí decir esto. Nunca lo fue. Pero necesito que lo sepas.

Me quedo en silencio, sin interrumpir. Sé que cada palabra pesa, que cada sílaba lleva años de heridas, de culpas y de rencores.

—He sido un idiota contigo. —Su voz se quiebra un poco—. Durante mucho tiempo te odié. Por casarte con mi madre, por ser el hombre que ocupó el lugar que creía que era solo mío.

Sus palabras me golpean, pero no con ira. Más bien con tristeza. Porque yo también cargué con ese dolor, con esa culpa

silenciosa que nos alejó más de lo que nos unió.

—Pero... —continúa—, al final de todo, tú siempre has estado ahí. No solo como mi tío, Ripley. No solo como el hombre que se casó con mi madre después de que mi padre murió... sino como alguien que estuvo cuando yo no sabía a quién acudir. Haz salvado mi vida, la de mi madre y mis hermanos, incluso la vida de mi mujer y de mis hijos.

Bajo la mirada, y sé que es cierto. A pesar de todo, siempre estuve allí, en las sombras, protegiéndolo, enseñándole, queriéndolo a mi manera.

—No eres un sustituto —dice—. Nunca quise que lo fueras. Pero fuiste más. Mucho más. Y aunque me costó aceptarlo, hoy... hoy te veo de otra forma.

Levanto la vista, y en ese instante sé que no puedo callar lo que llevo dentro.

—Bear... —mi voz se quiebra—, no soy tu padre. Tienes un padre. Siempre tuviste uno, uno que dio la vida por ti, uno que dejó un legado para ti. Mira lo que has hecho. La Bratva no podría tener un líder mejor que tú.

Él me mira, y la incredulidad se dibuja en sus ojos.

—Un padre muerto —responde, con un susurro que duele—. Y quien está frente a mí eres tú. Siempre has sido tú. Y yo... he sido un idiota contigo.

Me acerco despacio, sin prisa, dejando que el silencio hable por nosotros. Lo miro directamente a los ojos, porque sé que no hay nada que reprochar, solo entender y sentir.

—No espero un “lo siento” —le digo—. No es eso lo que importa, Bear. Lo que importa es que estamos aquí, que por fin podemos hablar.

Él suelta una risa baja, amarga y sincera a la vez.

—No, no es un “lo siento”. Es reconocer que he tenido que aprender mucho, y que he estado ciego a lo que siempre tuviste para darme.

Su mano busca la mía, la aprieta con fuerza, como si en ese contacto encontrara el lugar donde siempre debió estar.

—Quiero que sepas que te respeto —me dice—, que te admiro más de lo que alguna vez supe expresar, y que deseo con todo lo que soy ser el hombre que mereces, aunque me haya tomado tiempo entenderlo.

Un nudo se forma en mi garganta. Lo dejo sostenerme la mano, y por primera vez en años, siento que esa distancia que nos separó se está borrando lentamente.

—Dragón —le digo, y veo que su mirada cambia.

—Hace mucho que no me llamas así.

Él sonríe, un poco melancólico.

—Siempre serás un jodido dragón que quemaría el mundo por su familia.

—Como tú —me responde.

—Sí, como todos nosotros.

Un silencio cómodo se instala entre nosotros. Entonces, con la voz temblorosa pero firme, me mira directo a los ojos y dice:

—Ripley... papá.

Esas dos palabras caen como un latido fuerte en mi pecho. Siento cómo se expande un calor profundo que me atraviesa, una mezcla indomable de orgullo, amor y alivio que no puedo contener. Me quedo sin palabras, porque ninguna podría igualar lo que ese simple gesto significa.

En lugar de palabras, dejo que todo se exprese en un abrazo. Uno intenso, cargado de años de ausencias, de peleas, de silencios que hoy se disuelven entre nosotros. Lo aprieto contra mí, y en ese instante sé que todo lo que fue difícil, todo el peso del pasado, ha encontrado su lugar.

—Es momento de que te retires —dice con una voz suave, pero firme, como dándome permiso para soltarlo todo.

Por primera vez en años, siento que puedo respirar de verdad, sin la presión de la culpa o el dolor. Desde lejos, llega la risa de Violet, un sonido que se mezcla con la paz que ahora nos rodea.

Asiento, todavía abrazándolo, y susurro:

—Sí... creo que ya es hora.

Nos quedamos en silencio, con la ciudad como testigo de nuestro pacto. Sabíamos que, aunque el camino había sido arduo y

lleno de sombras, la familia sería siempre nuestra fortaleza indestructible, la única verdad que jamás nos abandonaría. Que el legado Romanov perdure, eterno e implacable, más allá del tiempo y la tormenta.

FIN

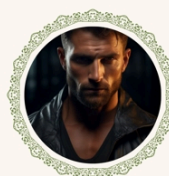


ÁRBOL GENEALÓGICO DE LA FAMILIA

ROMANOV

VIOLET ROMANOV

RIPLEY ROMANOV



BEAR ROMANOV



ROSE VAN RAVEN



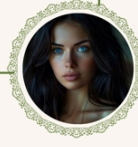
ANTON ROMANOV



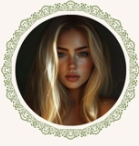
MILANA SOKOLOV



KONSTANTIN ROMANOV



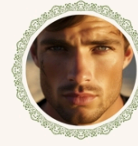
GEMA ROSSI



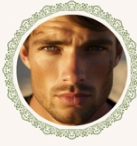
LYLA ROMANOV



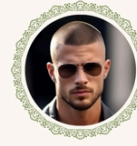
LUKA ROMANOV



SASHA ROMANOV



ALEK ROMANOV



KIAN ROMANOV



ROLAND ROMANOV



AMARA ROMANOV

POE





PAREJAS



BRATVA Y ALIANZAS



BEAR & ROSE ROMANOV



MILANA & ANRTON ROMANOV



GEMA & KOSTYA ROMANOV



DIMITRI & RINA MARKOV



ROCO & CORALINE BARONE



PAOLO & MOLLY SANTORO



THERON & JOSEPHINE STERLING



RIPLEY & VIOLET ROMANOV

JERARQUÍA Y ALIANZAS

Bratva



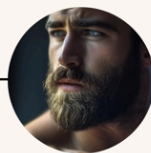
BEAR ROMANOV
PAKHAN



ANTON ROMANOV
INTELIGENCIA



KOSTYA ROMANOV
SEGURIDAD



DIMITRI MARKOV
BRATÁN

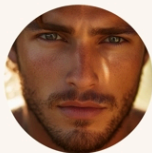


RIPLEY ROMANOV
RETIRADO

Cosa Nostra



ROCO BARONE
DON



VIKTOR
SEGUNDO AL MANDO



PAOLO SANTORO
CAPO

Mafia Inglesa



THERON STERLING
JEFE

AGRADECIMIENTOS



**Gracias, querido lector, por quedarte hasta el final de la historia de
Ripley y Violet.**

Esta no es solo una historia de amor, oscuridad y redención...
Es el origen de una dinastía marcada por el poder, la lealtad y la sangre.

¿Y ahora... qué sigue?

SERIE: CÓDIGO NEGRO
SERIE: LEGADO DE SANGRE

Ambas series están tejidas con hilos de deseo, sombras y decisiones
imposibles.

Aquí no encontrarás héroes perfectos.

Solo hombres **moralmente grises**, letales, intensos...
que destruyen para proteger y aman como si el mundo fuera a arder.

No sé cuántos libros compondrán este universo.
Lo descubriré contigo, paso a paso, palabra a palabra,
con cada corazón que se sume
y cada mensaje que me recuerde por qué escribo.

Gracias por acompañarme.
Por confiar en mis personajes.
Por leer incluso en tus días más oscuros.

Este legado también es tuyo.
Con cariño y tinta,
Kris.

SOBRE LA AUTORA



Todo comenzó cuando era muy joven y descubrió que le resultaba más entretenido contar la historia de los villanos que la de los príncipes azules o las damiselas en apuros.

A menudo, la historia de los villanos está mal narrada, y ¿qué mejor idea que crear mis propios libros con mujeres fuertes y valientes que se enamoran y salvan sus propias almas?

Si estás buscando historias encantadoras, no las encontrarás en mis libros. Aunque prometen un final feliz, primero debes cuestionarte si te gusta todo lo que escribo. Podría seguir hablando de mí durante horas, lo cual detesto; por eso, te recomiendo que mejor leas mis libros.

¿Quién es Kris?

Kris es una autora internacional de bestsellers, ocupando el primer puesto en Amazon con sus trilogías "Quédate Conmigo" y "La Profesional", entre otros éxitos.

Actualmente, ha publicado más de cincuenta historias. Sus obras giran en torno a villanos, amor y mentiras, siempre culminando en finales felices. En sus libros, te sumergirás en cautivadores tropos como la mafia, antihéroes, multimillonarios y otros elementos que te llevarán al mundo del dark romance. Reside en el Reino Unido y constantemente está maquinando la próxima historia que cautivará a sus fieles lectores.

FUI AUTORA ROMÁNTICA DEL MES EN KOBO EN EL MES DE ENERO DEL 2019.

EL LIBRO ENGEL CATALOGADO COMO MEJOR ENTREGA DE ÉXITO EN EL 2021 EN APPLE LIBROS.

LAS TRILOGÍAS LA PROFESIONAL Y QUÉDATE CONMIGO #1 BESTSELLER INTERNACIONAL.

C DE CENICIENTA #1 BESTSELLER INTERNACIONAL.

LA MANSIÓN #1 BESTSELLER INTERNACIONAL.

Sígueme en Instagram y suscríbete en mi página web para acceder a libros gratis www.krisbuendiabooks.com